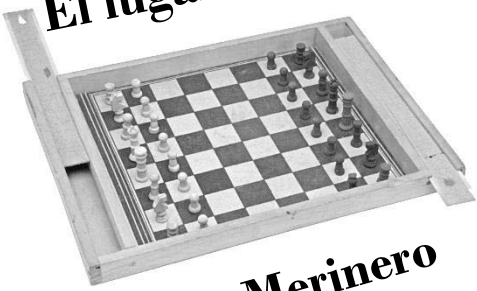
El lugar de los hechos



Carlos Pérez Merinero

Depósito Legal: M-11.915-2014

Todos somos gánsteres en cierta manera. Todos tenemos nuestros compinches y nuestros enemigos declarados, nuestros amigos y adversarios. Todos tenemos nuestro pasado que ocultar y nuestro futuro que proteger.

VERA CASPARY
Laura

PERSONAJES
(por orden de intervención)

NURIA: Ha cumplido los 60. Es una mujer fuerte y vitalista, a la que las circunstancias han colocado fuera de juego. Hubiese sido una buena madre y una mejor abuela. No ha tenido suerte y lo sabe.

PEDRO: Alrededor de los 45 años. Fue niño prodigio durante el franquismo y eso le ha marcado para siempre. Es un tipo inmaduro y pusilánime que se engaña creyendo que toma sus propias decisiones.

AGUSTÍN: Unos 65 años. Más viejo y decrépito de lo que él mismo quiere reconocer, se resiste a resignarse a su destino de perdedor. Su experiencia no parece servirle de nada y no deja de cometer un error tras otro.

LUIS: De la misma generación que Pedro. Aunque es una persona sin estudios, tiene una inteligencia natural nada desdeñable. En otro país y en otra época (en Estados Unidos y en los años 20) hubiese llegado muy lejos.

CARMEN: Sobre los 30 años. Ha trabajado como modelo y eso se nota en su forma de vestir. Es una mujer capaz de enloquecer a los hombres. Continuamente da la impresión de que tiene cuentas pendientes con la vida.

ESCENARIO

Toda la acción de la obra transcurre en el mismo escenario: Una casa aislada en el campo.

A la izquierda se encuentra la fachada de la casa. Tiene dos plantas y un porche, y necesita desde hace años una mano de pintura. Su estado de abandono es más que evidente, y si alguien no lo remedia, no tardará en caerse a pedazos.

En el porche hay una mesa y unos asientos de madera, construidos con desmañada rusticidad.

Al lado de la casa puede verse un corral en ruina, en el que ya no se guardan animales.

El centro del escenario lo ocupa un patio seco y polvoriento, en el que un día muy lejano debieron corretear las gallinas.

Al fondo, un pedazo de campo descuidado y sin cultivar. Por mucho que se fuerce la vista no se adivinará en el horizonte ninguna casa o construcción donde vivan seres humanos.

A la derecha del escenario hay unos pocos árboles, que cuando aprieta el calor dan una reconfortante sombra. Debajo de ellos ocupan su lugar un velador de mármol y unas sillas metálicas, que años ha debieron pertenecer a un bar de pueblo.

Colgado de una de las ramas pende un saco de boxeo tan viejo como castigado que quizá un día tuvo su utilidad, pero que hoy se nos antoja el resto de algún naufragio al que la desidia ha dado una perennidad que no merecía.

PRIMER ACTO

Son las últimas horas de la tarde un día de verano.
Al levantarse el telón, NURIA se encuentra sola en escena. Está sentada en el velador leyendo una revista. Cansada de la lectura, levanta sus ojos y los fija en el saco de boxeo. Tras dudarlo unos instantes, deja la revista sobre la mesa e, incorporándose, camina pausadamente hasta el árbol de donde cuelga el saco. Mira a todos los lados para asegurarse de que nadie la ve y se pone a golpear el saco con cara de fiera imitando a un boxeador.

NURIA: ¡Toma!... ¡Toma!... ¡Toma!

> *PEDRO entra en escena. Porta un bolso de viaje y una bolsa, también de mano, que contiene, según indican las letras y el dibujo que hay en sus laterales, una máquina portátil para jugar al ajedrez. PEDRO suelta sus bártulos en el suelo y asiste estupefacto a la sesión de "boxeo" de NURIA. Cuando ésta se percata de su presencia, deja de golpear el saco, avergonzada de haber sido sorprendida haciendo esa chiquillada.*

PEDRO: Buenas tardes.
NURIA: Buenas tardes.

> *NURIA mira el saco, que continúa bamboleándose por efecto de sus golpes, y cogiéndolo con sus manos hace que detenga sus movimientos. Sonríe forzadamente a PEDRO e inicia una explicación que disculpe su comportamiento.*

NURIA: Llevo tanto tiempo viéndolo que no he podido resistir la tentación.

PEDRO (*cómplice*): Pues no se le da nada mal. Si sigue entrenándose así seguro que llega a campeona.
NURIA (*señalando el velador*): Estaba ahí, leyendo esa revista y… Y me he dicho "¿Por qué no?". La pena es que me haya descubierto. Ahora me siento un poco ridícula.

> *PEDRO se ha acercado al saco. Lo acaricia, pensativo. Termina dándole un golpe suave, casi cariñoso.*

PEDRO: Cuando lo colocaron, recuerdo que no lo alcanzaba. Tenían que cogerme en brazos para que pudiera golpearlo. A veces le daba tan fuerte que acababa con los nudillos destrozados. (*NURIA no sabe de lo que le está hablando y le mira extrañada*). Yo vivía aquí cuando lo instalaron.
NURIA: ¿De veras vivió aquí?
PEDRO: Sí. Fue en el 51, en febrero del 51, cuando lo pusieron. Yo entonces tenía diez años. (*Hay una pausa al socaire de estos recuerdos*). ¿Es usted pariente de Rivera?
NURIA: ¿De Rivera? No, no. ¿Quién es Rivera?
PEDRO: El dueño de la casa.
NURIA: No somos los dueños, la tenemos alquilada.
PEDRO (*con ansiedad*): ¿A Rivera?
NURIA: Yo no llevo esas cosas, pero creo que la dueña no se llama Rivera. (*La desilusión se refleja en la cara de PEDROyello aguijonea la curiosidad de NURIA*). ¿Busca usted a ese Rivera para algo?
PEDRO: Sí, tendría que hablar con él.
NURIA: ¿Es familiar suyo?
PEDRO: No.
NURIA: Como dijo que había vivido aquí y que él era el dueño…
PEDRO: Entonces sí que lo era. Pero yo sólo estaba aquí de paso. No era pariente suyo.

NURIA (*sonriendo*): Ya tenemos algo en común. No ser parientes de ese Rivera. (*PEDRO le devuelve la sonrisa y mira a su alrededor, embebiéndose de las cosas que le rodean*). Ya ve que está todo hecho un asco. (*PEDRO asiente*). ¿Hace mucho que se fue de aquí?

PEDRO: En el 51.

NURIA: ¡Pues sí que ha llovido desde entonces! (*PEDRO enmudece. NURIA no quiere que decaiga la conversación y vuelve a la carga. Señala el saco*). ¿Ese Rivera era boxeador?

PEDRO: No, un amigo suyo. Roberto Palacios. (*Se anima de repente*). A lo mejor oyó hablar de él. En sus tiempos tuvo cierta fama.

NURIA (*divertida*): Lo siento. Pero hasta hoy no me he interesado por el boxeo.

PEDRO: Fue campeón de Europa de los semipesados.

NURIA: Hubiera podido ser campeón del mundo y yo hubiese continuado sin enterarme. ¿También vivía aquí?

PEDRO: Por aquella época sí. Ya estaba medio retirado, pero seguía entrenándose como en sus mejores tiempos. Yo me sentaba en aquel árbol y le veía golpear el saco una y otra vez, como si fuese un contrario al que quisiera dejar k.o. Cuando terminaba la sesión de entrenamiento, yo aplaudía a rabiar y entonces él me cogía en brazos y me llevaba hasta el saco para que le imitara.

NURIA: Y así era como se destrozaba los nudillos, ¿no es eso?

PEDRO: Sí, así era. Pero, créame, valía la pena.

NURIA: No le oí llegar. ¿Cómo ha venido?

PEDRO: Caminando.

NURIA: ¿Desde el pueblo?

PEDRO: Busqué un taxi en la estación, pero no había ninguno. Además, me apetecía estirar las piernas después del viaje.

NURIA: Debe estar molido. Son cuatro kilómetros. ¿Por qué no se sienta?

PEDRO: No, gracias. Tengo que irme. ¿La dueña de la casa vive en el pueblo?

NURIA: Sí. ¿Cree que ella puede saber algo de ese Rivera al que anda buscando?

PEDRO: Por intentarlo, nada se pierde. ¿Tiene su dirección?

NURIA: Supongo que la tendrá mi marido. ¿Por qué no se sienta y le espera?

PEDRO tiene unos instantes de duda.

PEDRO: ¿Tardará mucho?

NURIA: No, no. Debe estar al llegar.

PEDRO toma del suelo su bolso de viaje y la bolsa que contiene la máquina de jugar al ajedrez. Contenta por haber conseguido retener a PEDRO y tener así una distracción, NURIA se apresura a quitarle la bolsa de la mano.

PEDRO: No, por favor, no se moleste.

NURIA (*haciéndose con la bolsa*): Pero si no es molestia. (*Los dos van hasta el velador y se sientan. NURIA se muestra atónita al leer las letras que vienen en la bolsa y que indican su contenido*). ¿Qué es? ¿Una máquina de jugar al ajedrez?

PEDRO: Sí.

NURIA: ¡Caray! (*Mira embelesada la bolsa*). Un día vi una máquina de estas en televisión. Jugaron unos cuantos contra ella y les ganó a todos.

PEDRO: ¿Juega usted al ajedrez?

NURIA (*riendo*): ¿Quién? ¿Yo?... No sé ni cómo se mueven las piezas. Con eso le digo todo. ¿Con qué funciona? ¿Con pilas?

PEDRO: Sí.

NURIA: ¿Le importaría enseñármela? (*PEDRO saca la máquina de la bolsa y la coloca sobre el velador*). ¿Cómo se juega?
PEDRO: Es muy fácil. Por ejemplo, si yo empiezo moviendo esta pieza, veamos qué hace ella.

> *PEDRO hace el movimiento y, en seguida, la máquina responde con el suyo.*

NURIA: ¿Y ahora usted qué hace?
PEDRO (*moviendo otra pieza*): Esto.
NURIA: ¿Sin pensarlo?
PEDRO: Es una jugada ensayada.
NURIA (*sin comprender*): Ah, ya… ¿Y ella por qué no hace nada ahora?
PEDRO: Lo está pensando.
NURIA: ¡Qué gracioso! Ella tiene que pensar y usted no. (*Se oye el motor de un coche que se acerca*). Ya están ahí.

> *Se escucha un frenazo y cesa el ruido del motor. Las puertas del coche se abren y luego se cierran. NURIA mira en la dirección por la que deben aparecer los ocupantes del coche. PEDRO sigue su mirada.*

AGUSTÍN (*en off*): ¡Nuria!... ¡Nuria!... ¡Ve sacando el champán que hay que celebrarlo!

> *AGUSTÍN entra en escena. Lleva colgada del hombro una cámara fotográfica.*

AGUSTÍN (*radiante*): No te puedes ni imaginar lo bien que ha salido todo.

Al comprobar que NURIA no está sola, AGUSTÍN calla. Ve la máquina sobre el velador y la perplejidad se refleja en su rostro.

NURIA (*a AGUSTÍN*): Es una máquina maravillosa. Me está enseñando cómo funciona.
AGUSTÍN (*a PEDRO, con cara de pocos amigos*): Si vende máquinas para jugar al ajedrez, le aseguro que aquí no va a vender muchas.
NURIA: No es un vendedor, Agustín, es un amigo.

La palabra "amigo" no elimina el recelo de AGUSTÍN. Todo lo contrario.

AGUSTÍN: ¿Un amigo?

Por el mismo lugar por donde apareció AGUSTÍN hacen acto de presencia LUIS y CARMEN, los otros dos ocupantes del coche. Al ver a estos nuevos personajes en escena, PEDRO se pone en pie.

LUIS (*a AGUSTÍN, con cierta alarma en la voz*): ¿Qué ocurre?

AGUSTÍN se encoge de hombros. NURIA se incorpora de su silla y acude hasta el sitio donde están AGUSTÍN, LUIS y CARMEN.

NURIA (*tranquilizadora*): Nada. No ocurre nada. Es sólo un amigo.

LUIS se aproxima a PEDRO y se encara con él.

LUIS: ¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

PEDRO (*sin achicarse*): ¿Se llama Rivera?
LUIS (*desconcertado*): ¿Rivera? No.
PEDRO: Entonces no le busco a usted.
NURIA (*conciliadora*): Rivera era el dueño de la casa cuando él vivió aquí. Le anda buscando.
LUIS (*a PEDRO*): Aquí no hay ningún Rivera.

PEDRO se desentiende ostensiblemente de LUIS y se acerca a AGUSTÍN.

PEDRO (*señalando a NURIA*): ¿Es usted el marido de la señora?
AGUSTÍN: ¿El marido? ¿De dónde ha sacado que soy el marido de nadie?

NURIA se ruboriza al haber sido cogida en falta y se cree en el deber de darle a PEDRO una explicación.

NURIA: No estamos casados, pero como si lo estuviéramos. Llevamos más de treinta años juntos.
AGUSTÍN: Bueno, bueno, déjate de rollos. Y a ver si nos explicas qué demonios está pasando aquí.
NURIA: Ya os lo he dicho. Nada. Sólo quiere la dirección de la dueña de la casa. A lo mejor ella sabe algo de ese Rivera al que anda buscando.
PEDRO (*a AGUSTÍN*): ¿Tiene la dirección?

AGUSTÍN hace una consulta a LUIS con la mirada.

LUIS: Dásela.

LUIS toma a CARMEN del brazo y se dirigen a la puerta de la casa. Entran en ella, desapareciendo de escena.

AGUSTÍN saca una libreta y un bolígrafo de un bolsillo de la americana y anota algo en una hoja. La arranca y se la da a PEDRO.

PEDRO: Gracias.

PEDRO echa un vistazo al papel y se lo guarda. AGUSTÍN hace lo propio con la libreta y el bolígrafo. PEDRO va hacia el velador y mete la máquina de jugar al ajedrez en su bolsa. Mientras lo hace, AGUSTÍN cuchichea con NURIA. No se oye lo que le dice, pero no es difícil adivinar por sus gestos que la está abroncando. Cuando se cansa del rapapolvo, AGUSTÍN aferra a NURIA del brazo sin ningún miramiento y la lleva hasta la puerta de la casa.

NURIA: Espera que me despida.
AGUSTÍN: Déjate de despedidas ahora.

AGUSTÍN hace entrar a NURIA en la casa y PEDRO se queda solo en escena. Ha terminado de guardar la máquina y coge el bolso de viaje, dispuesto a marcharse. Ha dado unos pasos cuando CARMEN sale de la casa con un bote de cerveza en la mano.

CARMEN: Discúlpeles. Están todos un poco nerviosos. (*Al oírla, PEDRO se detiene y se vuelve*). Debe ser el calor. ¿Quiere una cerveza?
PEDRO: No, gracias. Ya me iba.
CARMEN: ¿Tanta prisa tiene?
PEDRO: Quiero llegar al pueblo antes de que sea de noche. Necesito hablar con una persona.

CARMEN:Nuria dijo que había vivido aquí. ¿Es cierto?
PEDRO: Fue sólo una temporada, hace ya mucho tiempo. Cuando era niño.

CARMEN se deja caer en una silla del velador y echa un trago de cerveza.

CARMEN: No debió ser muy divertido vivir aquí.
PEDRO: No crea. A mí me gustaba.
CARMEN: ¿Nació aquí?
PEDRO: No. ¿Por qué lo dice?
CARMEN (*despectiva*): Hay personas a las que llena de emoción visitar el sitio donde nacieron.
PEDRO: No soy de esos.

Hay una pausa. PEDRO, indeciso, no sabe si marcharse o no.

CARMEN (*inopinadamente*): ¿Fue feliz aquí?
PEDRO: No sé si lo fui o no, pero ahora me gusta pensar que sí, que fui muy feliz.
CARMEN: ¿Y por eso ha vuelto? ¿Porque le gusta pensar que entonces fue muy feliz aquí?
PEDRO (*evasivo*): Es una forma de verlo.
CARMEN: ¿De verdad no quiere una cerveza? (*PEDRO dice que no con la cabeza*). ¿Y ha encontrado esto muy cambiado?
PEDRO: Un poco.
CARMEN: ¿Desde cuándo no volvía?
PEDRO: Desde el 51.

CARMEN silba al oír la fecha.

CARMEN: Si ha vuelto después de tanto tiempo, sí que debió ser muy feliz, si… Me da no sé qué verle ahí de pie. ¿Por qué no se sienta?

PEDRO apenas lo duda unos segundos. La mujer no ha dejado de atraerle desde que apareció y acepta su invitación, sentándose frente a ella.

PEDRO: ¿Vive aquí o está sólo de paso?
CARMEN: Las dos cosas. Vivo aquí, pero espero que únicamente sea un paréntesis y que esté sólo de paso.
PEDRO: ¿No le gusta esto?
CARMEN: ¿Esto? (*Ríe sin alegría*). Yo no tengo aquí ninguna infancia feliz que recordar. No soy tan afortunada como usted.

PEDRO la mira a los ojos, intentando adivinar qué se esconde tras estas palabras. CARMEN señala la bolsa que contiene la máquina de jugar al ajedrez y cambia presta de conversación.

CARMEN: ¿Quién suele ganar? ¿Ella o usted?
PEDRO (*de forma natural, sin ningún tipo de jactancia*): Generalmente, yo.
CARMEN: ¿Es usted muy listo? ¿O es que ella es muy tonta?
PEDRO: La tengo amaestrada, eso es todo.
CARMEN: Si se ha dejado amaestrar, entonces es que es muy tonta.
PEDRO (*desafiante*): O yo muy listo.
CARMEN: O usted muy listo. Si eso le consuela…
PEDRO (*poniéndose en pie*): Bueno, me marcho.
CARMEN: ¿Ya se cansó de mis impertinencias?
PEDRO: No, pero se me está haciendo tarde y…
CARMEN (*interrumpiéndole*): ¿En qué ha venido? No he visto su coche.

PEDRO: Andando.

AGUSTÍN se asoma a una de las ventanas de la segunda planta. Da una última chupada a un cigarro y se dispone a arrojarlo a tierra cuando ve a CARMEN y a PEDRO. Detiene su gesto de tirar el cigarrillo y asiste como un irreprimible mirón a lo que está ocurriendo abajo.

CARMEN (*burlona*): ¿No me diga que es un peregrino? (*PEDRO no le replica nada*). ¿Quiere que le lleve?
PEDRO: ¿Para qué va a molestarse?

CARMEN apura su bote de cerveza y lo abandona sobre el velador.

CARMEN (*incorporándose*): Así recuperará el tiempo que le he hecho perder.

PEDRO no se precipita en aceptar el ofrecimiento de CARMEN, pero en el fondo está deseando la compañía de la mujer.

PEDRO: Está bien, como quiera.
CARMEN: Espero que en el pueblo me invite a una cerveza.
PEDRO: Descuide. La invitaré.

CARMEN y PEDRO salen de escena por el lugar por donde la mujer apareció con LUIS y AGUSTÍN.

CARMEN (*en off*): ¿Usted también beberá?
PEDRO (*en off*): Sí. ¿Por qué no?

CARMEN (*en off, fingiendo alivio*): Uf, menos mal. Me quita usted un peso de encima. ¡Creí que era abstemio!
AGUSTÍN: ¡Será puta!

AGUSTÍN arroja con furia la colilla que aún conservaba en la mano. Se oye como se abren y luego se cierran las puertas de un coche, y el motor de ese mismo coche arrancando. El ruido se va haciendo cada vez más distante. Se hace el oscuro. Hay una breve transición. Cuando el escenario se ilumina de nuevo, ya es de noche. LUIS sale de la casa.

LUIS (*gritando a la ventana de AGUSTÍN*): ¡Agustín, baja!
AGUSTÍN (*asomándose a la ventana*): Ya voy.

LUIS va hasta el velador y se sienta en una de las sillas. Coge el bote de cerveza vacío que bebió CARMEN y lo contempla pensativo unos instantes. AGUSTÍN sale de la casa y LUIS se olvida del bote de cerveza.

LUIS: ¿Están ya las fotos?
AGUSTÍN: Las estoy terminando de revelar.
LUIS: ¿Saldrán bien?
AGUSTÍN: Cuándo me han salido a mí mal unas fotos.
LUIS (*mordaz*): Aquella vez que te cogieron, sin ir más lejos.
AGUSTÍN (*dolido*): Esa fue otra historia.

AGUSTÍN se sienta junto a LUIS. Saca un pañuelo del bolsillo y se limpia el sudor de la cara.

AGUSTÍN: ¡Dios, qué calor! Debería caer una tormenta, a ver si así refresca… ¿Cuándo vas a llamarle?

LUIS: Mañana.
AGUSTÍN: ¿Cuánto le pediremos?
LUIS: Cuatro millones. Uno para cada uno.
AGUSTÍN: ¿Crees que los tiene?
LUIS (*muy seguro*): Si no los tiene, ya los buscará.
AGUSTÍN: Tiene pinta de tener dinero.
LUIS: Y no sólo pinta. ¿O es que piensas que los elijo a voleo?

AGUSTÍN se seca de nuevo el sudor.

AGUSTÍN: Si al menos tuviéramos una piscina…
LUIS: No seas impaciente. Si las cosas siguen como hasta ahora, ya la tendrás.
AGUSTÍN: ¿Tú no tienes calor?
LUIS: Sí, pero me lo aguanto.
AGUSTÍN: ¿Te he contado alguna vez que hace años estuve en el Sahara haciendo un reportaje?
LUIS: Sí, muchas veces.
AGUSTÍN: Pues ni allí pasé tanto calor como aquí. (*Mira el cielo*). Y lo peor es que no hay ni una sola nube.
LUIS: Aquí tienes calor, en la otra casa tenías frío… Pues sí que estás tú bueno.
AGUSTÍN: Pero es que lo hacía. ¡Menudo invierno pasamos! (*Sonríe para quitarle hierro a lo que va a decir*). No parece sino que eliges las casas a mala leche.
LUIS: Si fuera por ti, viviríamos en un hotel de cinco estrellas.
AGUSTÍN: No te quepa duda. Allí tienen piscinas en verano y buena calefacción en invierno. Como tiene que ser.
LUIS: Pues en la cárcel, por si no lo sabes, lo que hay es piscinas heladas en invierno y buena calefacción en verano.
AGUSTÍN (*cruzando los dedos*): La cárcel ni me la mientes.

LUIS: Ahí íbamos a acabar si nos diera por exhibirnos en un hotel de cinco estrellas.
AGUSTÍN: No, si tienes razón. Pero no me negarás que hace un calor que…
LUIS (*cortándole*): Si dejaras de hablar de él, seguro que lo notábamos menos.

NURIA sale de la casa

NURIA: La cena está lista. ¿Dónde queréis comer?
AGUSTÍN: Si esto es un horno, dentro no te digo.
NURIA: ¿Cenamos fuera entonces?
LUIS: Sí, avisa a Carmen. Dile que baje.
AGUSTÍN: No está.
LUIS: ¿Cómo que no está?
AGUSTÍN: Se ha ido.
LUIS: ¿Adónde?
AGUSTÍN: A llevar a ese tipo al pueblo.

AGUSTÍN y NURIA aguardan la reacción de LUIS, que ha callado y que ahora parece rumiar algo.

NURIA: ¿La esperamos?
LUIS: Comed vosotros si queréis…
AGUSTÍN (*a NURIA*): ¿Has hecho limonada?
NURIA: Sí.
AGUSTÍN: Tráeme un vaso.
NURIA (*a LUIS*): ¿Quieres tú también?
AGUSTÍN (*adelantándose*): No preguntes tanto y trae la jarra.

NURIA va hasta la puerta de la casa y entra en ella. AGUSTÍN mira una vez más el cielo y menea la cabeza. No

cree que llueva. Se seca el sudor y, mientras lo hace, mira de reojo a LUIS, que en esos momentos está encendiendo un cigarrillo. LUIS sorprende su mirada y, pensando que lo que quiere es fumar, lo ofrece el paquete.

LUIS: Toma.
AGUSTÍN: Ya me gustaría, ya. Pero me he fumado uno hace un rato y si me viera NURIA con otro…
LUIS: ¿Qué iba a hacerte? ¿Desheredarte?
AGUSTÍN (*defendiendo a NURIA*): Ella no tiene la culpa. Me lo prohibió el médico.
LUIS: ¡Qué sabrán los médicos! Un aprensivo, eso es lo que eres.
AGUSTÍN: Hay que cuidarse. A mi edad…
LUIS (*atajándole*): ¡A tu edad!
AGUSTÍN: Sí, Luis, a mi edad. A mi edad, si te descuidas, te vas al patio de los callados en menos que se dice "Amén".

NURIA, que ha salido de la casa con una jarra de limonada y tres vasos, oye las últimas palabras de AGUSTÍN.

NURIA: Vaya tema más alegre que tenéis.

NURIA coloca los vasos sobre el velador y comienza a llenarlos.

AGUSTÍN: ¿Está fresca? (*NURIA le pone la jarra en la mejilla. AGUSTÍN no se lo esperaba y pega un respingo*). ¡Quita esa jarra de ahí! Está helada.
NURIA: ¿No es así cómo te gusta?
AGUSTÍN (*tocándole el culo*).-¡Calientes es como me gustan a mí!

NURIA ríe y se separa de AGUSTÍN. Continúa llenando los

vasos. LUIS está deprimido luego de la marcha de CARMEN y ha asistido a las bromas de la pareja con cara de funeral.

NURIA (*a LUIS, tratando de animarle*): A lo mejor no tarda.
LUIS (*autocompasivo*): Sí. Y a lo peor, no vuelve.
NURIA: Hombre, tampoco hay que exagerar.

Una vez que ha terminado de llenar los vasos, NURIA se sienta con los dos hombres. AGUSTÍN toma un trago de limonada y hace algunos aspavientos con la boca llena, como si estuviese catando un vino de marca.

AGUSTÍN: Le falta un poco de azúcar.
NURIA: Tú siempre buscándole defectos a las cosas.
AGUSTÍN: Soy un perfeccionista. ¿Qué quieres que le haga?
NURIA: ¡Un perfeccionista! Dios mío, lo que hay que oír.
AGUSTÍN: Te elegí a ti, ¿no?
NURIA: A saber quién eligió a quién.
AGUSTÍN (*riendo de buena gana*): Si fuiste tú la que me eligió a mí, entonces la que es una perfeccionista eres tú.
NURIA (*a LUIS*): ¿Está buena? (*LUIS asiente por compromiso*). ¿Quieres más?
LUIS (*tapando su vaso casi vacío con la mano*): No, no.
AGUSTÍN: ¿A mí no me ofreces?
NURIA (*maternal*): Sabes que beber tanto líquido no te va bien para la vejiga. Te vas a pasar toda la noche yendo al baño.
AGUSTÍN: Venga, no seas así. Ponme otro poquito más.
NURIA (*llenándole el vaso*): Allá tú.
LUIS (*a AGUSTÍN*): ¿A qué hora se fueron?
AGUSTÍN: No sabría decirte. No miré el reloj.
LUIS: ¿Por qué no me avisaste?

AGUSTÍN (*encogiéndose de hombros*): Si lo hubiera sabido…
NURIA (*a AGUSTÍN, cambiando descaradamente de tema*): ¿Tienes ya las fotos?
AGUSTÍN: Se están terminando de revelar.
LUIS: ¿Por qué no vas a ver si ya están?
AGUSTÍN (*rezongando, al tiempo que se incorpora*): ¡Me cago en la leche! Con lo bien que se estaba aquí ahora… (*Apura el contenido de su vaso y lo deja sobre el velador. Mientras se dirige a la puerta de la casa, mira por enésima vez el cielo*). Aquí no llueve ni con rogativas.

AGUSTÍN desaparece en el interior de la casa.

LUIS: ¿Quién era ese tipo?
NURIA: ¿Quién? ¿Ese que…?
LUIS (*interrumpiéndola*): Sí, ese que se ha ido con Carmen.
NURIA: No sé. Sólo me dijo que había vivido aquí cuando niño.
LUIS: ¿No te pareció un poco raro?
NURIA: ¿Raro? (*Se sobresaltó de repente*). ¿No estarás pensando que es un policía que anda detrás de nosotros?
LUIS: ¿Desde cuándo los policías van por ahí con una máquina de jugar al ajedrez?
NURIA: A mí me pareció muy simpático.
LUIS: Pero ¿Qué quería?
NURIA: Nada. Buscaba al que era dueño de la casa cuando él vivió aquí.
LUIS: ¿Te dijo para qué?
NURIA: No. (*Hay una pausa*). Yo creo que te quiere.
LUIS: Pues tiene una forma muy original de demostrármelo. En cuanto que ha visto unos pantalones se ha ido tras ellos.
NURIA: A lo mejor sólo quería hacerle un favor.
LUIS (*con sombrío sarcasmo*): Tú lo has dicho. Un favor.

NURIA: El pobre no tenía coche.
LUIS: Encima, compadécele.
NURIA: No tienes por qué preocuparte. Tomará unas copas y volverá. Ya lo ha hecho otras veces.
LUIS: Por eso me preocupo. Porque lo ha hecho otras veces.
NURIA: Ya lo verás. Ese hombre se irá a lo suyo y aquí no ha pasado nada… ¿De verdad no tienes hambre?

LUIS sonríe tristemente a NURIA y dice que no con la cabeza. AGUSTÍN sale de la casa. En sus manos lleva dos fotografías todavía húmedas, que sostiene con la punta de los dedos.

LUIS (*tras examinar las fotos*): Bien.
AGUSTÍN: ¿Sólo bien?
NURIA (*alargando la mano*): A ver.
AGUSTÍN: ¡No las toques, coño! Mira que es grande esto. Más de treinta años acostándose con un fotógrafo y todavía no se ha enterado la muy perfeccionista de que no hay que tocar las fotos cuando están recién sacadas del horno.
NURIA: Es un poco viejo, ¿no?
AGUSTÍN: Mejor. Cuanto más viejo, más tiene que perder y antes soltará el dinero.

AGUSTÍN sacude las fotos para que terminen de secarse.

LUIS (*poniendo el oído alerta*): ¿Oís?

NURIA y AGUSTÍN se concentran en escuchar lo que supuestamente ha oído LUIS.

AGUSTÍN: Yo no oigo nada.
LUIS:Chist. (*Muy a lo lejos se oye el ruido de un coche. LUIS no puede ocultar su satisfacción*). ¡Es ella!
NURIA: Sí, ya lo oigo.
AGUSTÍN: Tenéis oídos de tísico. Yo no oigo nada.

El ruido del coche es cada vez más próximo.

NURIA (*a LUIS*): ¿Ves como no tenías que preocuparte?

El coche está ya muy cerca y su sonido es totalmente nítido.

AGUSTÍN: Ahora… Ahora lo oigo.
NURIA: Un poco más y te muerde.

Se oye el frenazo del coche y cómo se para el motor. Las puertas se abren y luego se cierran. LUIS aguarda expectante la aparición de CARMEN. Cuando la mujer entra en escena no viene sola. Le acompaña PEDRO. También ahora lleva en sus manos el bolso de viaje y la bolsa con la máquina de jugar al ajedrez.

CARMEN (*muy alegre*): ¿Ya habéis cenado? (*Las miradas de LUIS, AGUSTÍN y NURIA se dirigen a PEDRO. No se explican qué pinta de nuevo allí. PEDRO se siente observado y eso le incomoda. LUIS y NURIA se levantan de sus sillas. AGUSTÍN, por su parte, deja las fotos sobre la mesa*). ¿Os han comido la lengua?
NURIA: No, no hemos cenado. Te estábamos esperando.

CARMEN se acerca al grupo que forman LUIS, AGUSTÍN y NURIA. Sus pasos son algo inseguros. Parece un poco bebida.

CARMEN: Pues ya estoy aquí.
LUIS (*a CARMEN, de mala manera*): ¿A qué ha vuelto ése?
CARMEN: No hay trenes hasta mañana y no tenía dónde ir. Le he invitado a que pase la noche.
LUIS: ¿Desde cuándo te ha dado por hacer de samaritana?
CARMEN: Oye, ¿a qué viene esto ahora?
LUIS: Sabes muy bien que no hay que invitar a nadie a esta casa.
CARMEN: Yo me arriesgo igual que tú, así que cállate.
LUIS: Siempre serás una irresponsable.
CARMEN: Mira quién fue a hablar de irresponsabilidad.

El cruce de palabras entre LUIS y CARMEN ha ido subiendo de tono y la sensación de incomodidad de PEDRO va en aumento.

NURIA: ¿Por qué no lo dejáis?
AGUSTÍN: Tú no te metas.
PEDRO: Creo que lo mejor será que me vaya.

PEDRO ha hablado por primera vez y todos le miran. LUIS se le acerca decidido.

LUIS (*a bocajarro*): ¿A qué ha venido? ¿Qué se propone?
PEDRO: Nada. ¿Qué habría de proponerme?
LUIS: ¿Por qué ha vuelto? Aquí no se le ha perdido nada.
CARMEN: Es un invitado mío. No tienes por qué hacerle tantas preguntas.
LUIS (*enfrentándose de nuevo con Carmen*): Esto no es un hotel. ¿Es que no lo comprendes?
CARMEN: ¡¡No!!
LUIS (*mascando las palabras*): No hace falta que grites.

CARMEN: Y tú no hace falta que me vengas con lo que debo o no debo hacer. Ya soy bastante mayorcita.
LUIS (*a PEDRO*): ¿No dijo que se iba?
CARMEN: Le he invitado y se queda.
PEDRO (*A CARMEN*): Le agradezco la invitación, pero creo que será mejor que…
CARMEN (*cortándole*): Pero ¿Cómo va a irse ahora? En el pueblo lo encontrará todo cerrado.
PEDRO: No se preocupe. Ya me arreglaré.
AGUSTÍN (*a NURIA, en un aparte, refunfuñando*): Con lo bien que iba todo…
CARMEN (*a PEDRO*): No puede irse así como así porque él lo diga. Le creía más hombre.
LUIS: Pues ya ves que te has equivocado.
CARMEN: Contigo no estoy hablando.

LUIS pierde el control y, aferrando a CARMEN de los hombros, hace que le mire.

LUIS: Pero yo sí estoy hablando contigo.
CARMEN (*pugnando por deshacerse de LUIS*): Suéltame… ¡He dicho que me sueltes!
LUIS: Estate quieta.
CARMEN (*sin dejar de forcejear*): ¿Qué quieres? ¿Hacerte el duro conmigo?

CARMEN consigue liberar su brazo derecho y abofetea a LUIS.

NURIA (*a AGUSTÍN*): Ya está liada. (*LUIS le devuelve la bofetada a CARMEN. Lo hace con tanta fuerza que la mujer cae al suelo. NURIAco-*

rre hasta ella). ¿Te has hecho daño? (*CARMEN la aparta de un manotazo. NURIA se encara con LUIS*). ¿Por qué tienes que ser tan salvaje?

Con un gesto de la mano LUIS le dice a NURIA que le deje en paz. Luego está unos momentos sin saber qué hacer. Al fin decide ir hacia la casa. Termina perdiéndose dentro de ella. CARMEN se levanta del suelo.

PEDRO (*a CARMEN*): ¿Se encuentra bien?

CARMEN asiente. Marcha hacia el lugar por donde apareció con PEDRO y sale de escena. PEDRO está unos segundos indeciso. Después parece dispuesto a seguirla y echa a andar en la dirección que ha tomado CARMEN.

AGUSTÍN: ¿A dónde va? (*PEDRO se detiene y se gira hacia AGUSTÍN*). ¿Qué quiere? ¿Empeorar las cosas?
NURIA (*a PEDRO*): Sí, lo mejor es que la deje sola.

PEDRO desiste de ir tras CARMEN.

AGUSTÍN (*a PEDRO, sin animosidad*): Sí que la ha hecho usted buena, amigo.
NURIA: Qué culpa tendrá el hombre de los líos que se traen esos dos.
PEDRO: Yo no quería venir. Pero ella se empeñó y…
NURIA: No tiene que darnos explicaciones. La conocemos como si la hubiésemos parido. (*Hay una pausa*). ¿Encontró lo que buscaba?
PEDRO: No. Según esa mujer, Rivera murió hace seis años. Un poco antes le vendió la casa y se fue a vivir a la capital. Decía que estaba harto del campo.

AGUSTÍN: Un hombre sensato ese Rivera. No sé cómo puede haber gente a la que le guste vivir en un andurrial como éste.

NURIA: Tú siempre tan exagerado.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): ¿Y usted dónde vive? ¿En el campo o en la ciudad?

NURIA: ¿Qué te importará a ti dónde viva?

AGUSTÍN (*con una lógica muy traída por los pelos*): Después de habernos aguado la fiesta, lo menos es que sepamos algo de él, ¿no?

NURIA (*para sí*): Otro que tal baila. Aquí hasta Dios está loco.

PEDRO: Vivo en una ciudad.

AGUSTÍN (*buscando su complicidad*): ¿A que no hay color? (*PEDRO no le entiende*). Entre vivir en el campo y vivir en una ciudad, digo. (*PEDRO no sabe qué responder y hace un gesto ambiguo. AGUSTÍN se escandaliza*). ¿Acaso le gusta el campo?

NURIA: Pero a ti qué te importa lo que le guste o lo que le deje de gustar.

AGUSTÍN (*a PEDRO, con convencimiento de fanático*): ¿Sabe lo que le digo? Que el campo para las vacas o los cerdos, pero no para las personas.

PEDRO: ¿Por qué vive aquí entonces?

AGUSTÍN: Buena pregunta, sí señor. Pues porque hay que ganarse el pan con el sudor de la frente. Y conste que no es cachondeo. Mire, mire cómo sudo. (*Se pasa la mano por la frente*). Y después dirán los enterados que por la noche refresca.

NURIA (*a AGUSTÍN*): Bueno, ¿qué hago con la comida?

AGUSTÍN: Pero ¿es que crees que con este calor y estos follones alguien puede tener ganas de comer?

NURIA: Allá tú. Pero yo si no como, luego no duermo.

AGUSTÍN: Eso te pasa por haber nacido pobre.

NURIA: Ya salió el teórico.

AGUSTÍN (*a PEDRO, despectivo*): Es el único sueño de los pobres. Tener el estómago lleno.

NURIA (*a PEDRO*): ¿Quiere usted picar algo?

PEDRO: No, gracias.

NURIA: Pues les dejo. Yo si no…

AGUSTÍN (*cortándole*): Sí, mujer, sí, ya lo hemos oído. Tú si no cenas, luego tienes pesadillas.

NURIA: Anda y que te zurzan. (*AGUSTÍN ríe por haber conseguido sacarla de sus casillas. NURIA se despide de PEDRO*). Adiós, buenas noches.

PEDRO: Buenas noches.

AGUSTÍN (*sarcástico*): Y tan buenas. Lo único que nos falta es que nos nazcan trillizos.

NURIA se mete en la casa.

PEDRO: ¿Sabe dónde ha ido?

AGUSTÍN: ¿Quién? ¿Carmen?

PEDRO: Sí.

AGUSTÍN: Habrá ido al río a darse un chapuzón. A veces le da por bañarse a la luz de la luna.

PEDRO (*señalando en una dirección*): El río está por ahí, ¿no?

AGUSTÍN (*venenoso*): ¿No me diga que va a ver cómo se baña desnuda? (*PEDRO ve la sonrisa sibilina de AGUSTÍN y no sabe qué contestar*). Porque Carmen se baña desnuda. Quién lo iba a decir, ¿eh? Pues sí, amigo, sí, se baña desnuda. Estos ojitos que se van a comer la tierra la han visto bañarse en el río más de una y más de dos veces… ¿Ya no va? ¿Es que no le gustan las mujeres desnudas? ¿O le dan miedo?

PEDRO (*sin perder la calma, por decir algo*): Me dan miedo.

AGUSTÍN: Entonces espere a que vuelva vestida.

AGUSTÍN ríe a carcajadas. PEDRO, cansado de verle reír a su costa, desvía su mirada y se fija en las fotos que están sobre el velador. Deja el bolso de viaje y la bolsa con la máquina de jugar al ajedrez en el suelo y coge las fotos.

PEDRO (*con toda naturalidad*): ¿Con esto es con lo que hacen los chantajes?

AGUSTÍN corta sus risas de raíz. Se demuda.

AGUSTÍN: ¿Cómo dice?
PEDRO: Si es con esto con lo que hacen los chantajes.
AGUSTÍN: Traiga aquí esas fotos.

Trata de arrebatárselas a PEDRO, pero éste anda listo y no lo consigue. PEDRO se retira unos pasos de AGUSTÍNy contempla de nuevo las fotos.

PEDRO: Buenas fotos. Se ve que el que las ha hecho es un artista.
AGUSTÍN: Traiga, haga el favor.
PEDRO: ¿Las ha hecho usted?
AGUSTÍN (*asustado*): ¿Qué le ha contado esa zorra?
PEDRO: Nada. Que era usted un buen fotógrafo.
AGUSTÍN: ¡Será hija de puta!
PEDRO (*revanchista, mirando otra vez las fotos*): Creo que las mujeres desnudas están dejando de darme miedo. (*Hace una breve pausa*). ¿Quién es él?
AGUSTÍN: Eso a usted no le importa. Traiga las fotos.
PEDRO: Tome. (*AGUSTÍN se apodera de las fotos*). Decía que el río estaba por ahí, ¿verdad?

PEDRO recoge el bolso y la bolsa con la máquina de jugar al ajedrez.

AGUSTÍN: ¿Qué va a hacer?
PEDRO: Despedirme de Carmen, si no le importa.
AGUSTÍN (*cerrándole el paso*): Claro que me importa. Usted de aquí no se mueve. ¡Luis!... ¡Luis!
PEDRO: Desde luego no hay quien les entienda. Desde que llegué me han considerado un intruso y sólo deseaban que me fuera, y ahora que quiero irme no me dejan.
AGUSTÍN: ¡Asómate, Luis!

LUIS aparece en una de las ventanas de la segunda planta, distinta a aquélla por la que vimos a AGUSTÍN hace un rato.

LUIS: ¿Qué ocurre?
AGUSTÍN (*atropelladamente*): ¡Lo sabe todo! ¡Baja!
LUIS: ¿Qué dices?
AGUSTÍN: ¡Que Carmen se lo ha contado todo!

LUIS desaparece de la ventana. PEDRO permanece impasible, todo tranquilo, como si fuese un simple espectador y no el personaje que ha devenido protagonista de la escena. LUIS sale de la casa a la carrera.

LUIS (*enfrentándose a PEDRO*): ¿Qué es lo que le ha dicho Carmen?
AGUSTÍN: Todo. Se lo ha dicho todo.
LUIS (*a PEDRO*): ¿Qué le ha dicho?
PEDRO: Lo que ha querido. Yo no tenía ningún interés en saber nada.
AGUSTÍN: Esa gilipollas nos busca la ruina.

LUIS: ¡Tú, cállate! Y no te quedes ahí como un pasmarote. ¡Ve a buscarla!

AGUSTÍN se apresura a cumplir la orden de LUIS y desaparece de escena.

LUIS: Todavía no ha respondido a mi pregunta.
PEDRO: ¿Que qué me ha dicho?
LUIS (*perdiendo la paciencia*): Sí, ¿Qué le ha dicho?
PEDRO: Nada. Que vivían aquí retirados por motivos de trabajo.
LUIS: ¿Sólo eso? ¿No le dijo el tipo de trabajo que hacíamos?
PEDRO (*queriéndole quitar importancia al asunto*): Si usted lo sabe, para qué quiere que se lo recuerde yo.
LUIS: Quiero oírselo decir a usted.

PEDRO ve que aquello puede ir para largo y vuelve a soltar los bártulos.

PEDRO: Está bien. Hacen chantaje.
LUIS: Los detalles. Quiero los detalles.
PEDRO: ¿También eso?
LUIS: Sí. También eso. Tengo que saber hasta dónde ha llegado esa imbécil. Vamos, los detalles.
PEDRO (*con desgana, como si lo considerase un trámite inútil*): Seleccionan un tipo con dinero, ella ronda a su alrededor hasta que consigue llevárselo a la cama, le hacen unas fotos subidas de tono y le piden dinero por no mostrárselas a la familia. Mientras paga o no se refugian en esta casa perdida de la mano de Dios. Más clásico, imposible.
LUIS: Guárdese sus comentarios.
PEDRO: ¿Era eso todo lo que querían saber?
LUIS: Aún hay más. ¿Quién es usted?

PEDRO: Ya me hizo esa pregunta esta tarde.
LUIS: Pero no me la contestó.
PEDRO: ¿Tanto le interesa?
LUIS: Tanto

PEDROse agacha para coger el bolso deviaje. El movimiento pone en alerta a LUIS, que saca una pistola del bolsillo.

PEDRO: ¿A qué viene eso?
LUIS: No se mueva.
PEDRO (*remedándole*): No se mueva. Otro detalle clásico. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Levantar las manos? (*Termina de coger el bolso de viaje y lo abre. LUIS sigue atentamente todos sus movimientos. PEDRO extrae un libro del interior del bolso y eso desconcierta sobremanera a LUIS. PEDRO le muestra la contraportada del libro*). Ya que tiene tanto interés, tome. Ese soy yo. (*Durante unos segundos, LUIS mira a PEDRO con desconfianza*). Es mi foto. ¿No lo ve?

LUIS coge el libro. Empieza a leer lo que pone la contraportada. En seguida se detiene.

LUIS (*sorprendido*): ¿Es usted Pedro Quiroga, aquel que…?
PEDRO (*atajándole*): Eso dice ahí. (*LUIS termina de leer la contraportada y le devuelve el libro. PEDRO lo mete en el bolso*). ¿Satisfecho?
LUIS (*bastante cortado, al tiempo que guarda la pistola*): Perdone.
PEDRO: No hay nada que perdonar. Supongo que estaba en su derecho.

LUIS no sale de su asombro por estar en presencia de PEDRO. Su nombre le resulta más que conocido y parece traerle más de un recuerdo.

LUIS (*desaparecida por completo toda agresividad*): ¿Qué hace ahora? ¿Escribir de ajedrez?

PEDRO: De algo hay que vivir, ¿no?

LUIS: Hace tiempo que no se sabe nada de usted.

PEDRO:¿Y por qué habría de saberse?

LUIS: Antes salía mucho en el NO-DO, en los periódicos…

PEDRO: Antes era popular; ahora, no.

Después de haberle amenazado con la pistola, LUIS trata de mostrarse amable y se interesa por los asuntos de PEDRO.

LUIS: ¿De veras vivió aquí?

PEDRO: Pasé una temporada hace ya muchos años.

LUIS: Esta tarde habló de que buscaba al hombre que entonces era dueño de la casa. ¿Ha encontrado su pista?

PEDRO: Desgraciadamente, sí. Está en el cementerio.

LUIS: Vaya, lo siento. ¿Era amigo suyo?

PEDRO: Hasta cierto punto, sí. Fue uno de los que me secuestraron.

LUIS (*desconcertado*):¿De los que le secuestraron?

PEDRO: ¿No recuerda la historia? (*Sonríe*). Creí que por aquel entonces era popular. Ahora veo que no.

LUIS: ¿Cómo no me voy a acordar? En aquellos días no se hablaba de otra cosa.

PEDRO: Me parece que exagera.

LUIS: Donde yo vivía le aseguro que todo el mundo estaba con el alma en vilo.

PEDRO (*sonriendo de nuevo*): Debían tener pocas diversiones para preocuparse tanto por el secuestro de un niño.

LUIS: Usted no era un niño normal.

PEDRO (*sin dejar de sonreír*): Siempre he sido bastante anormal. Lo reconozco.

LUIS: Disculpe. No quise decir eso. Lo que quise decir es que usted no era un niño como los otros. Usted era famoso y los demás no.

PEDRO: Sí, tengo que reconocer que el secuestro causó algún revuelo.

LUIS (*extrañado*): ¿Y qué hace ahora? ¿Buscar a los que les secuestraron?

PEDRO: Sí.

LUIS: ¿No les ha visto desde entonces?

PEDRO: No.

LUIS: ¿Le puedo preguntar qué quiere de ellos?

PEDRO: Nada especial. Sólo verles.

LUIS: ¿Todavía les guardar rencor?

PEDRO: Nunca les tuve rencor. ¿Por qué habría de tenérselo? Lo pasé muy bien aquí con ellos.

> *AGUSTÍN y CARMEN entran en escena y LUISy PEDRO suspenden su conversación. CARMEN ha estado bañándose en el río y sus ropas, al estar todavía mojadas, se le pegan al cuerpo, haciendo su figura aún más excitante. Sus cabellos están húmedos y en desorden.*

AGUSTÍN (*a LUIS*): Perdona si he tardado, pero es que no quería venir.

CARMEN (*a LUIS*): ¿Qué quieres ahora?

AGUSTÍN (*gruñendo*): Y encima va y dice que qué queremos.

LUIS: Nada. No quería nada.

> *La respuesta de LUIS desconcierta a AGUSTÍN. También a CARMEN.*

CARMEN: ¿Nada?

AGUSTÍN: Pero…

Con una mirada, LUIS hace que AGUSTÍN se calle.

CARMEN: ¿Y para eso me has hecho venir? ¿Para decirme que no quieres nada?
LUIS (*a AGUSTÍN, señalando a PEDRO*): ¿Sabes quién es?
AGUSTÍN (*con odio mal contenido*): Un metepatas.
LUIS: ¿Te dice algo el nombre de Pedro Quiroga?
AGUSTÍN: ¿Pedro Quiroga?
LUIS: Sí, Pedro Quiroga. Un niño que jugaba al ajedrez allá por los años 50.
AGUSTÍN: Ah, sí, hombre, Pedro Quiroga. Yo le hice más de una foto cuando trabajaba en el periódico… Pero ¿Y qué relación tiene ese niño con…?
LUIS (*interrumpiéndole*): Es él.
AGUSTÍN (*a PEDRO*): ¿Que usted es Pedro Quiroga? (*estudia a PEDRO con detenimiento y menea la cabeza*). Pues nadie lo diría. Sí que ha cambiado desde entonces.
CARMEN (*perdida*): ¿Se puede saber de qué estáis hablando?
AGUSTÍN: Tú entonces no habías nacido, así que calla y deja hablar a las personas mayores.
CARMEN: ¡Vete a la mierda!
AGUSTÍN: Ya estoy en ella.
LUIS (*tras consultar su reloj*): Se está haciendo tarde. ¿Qué os parece si cenamos?
AGUSTÍN (*confundido, se encoge de hombros*): Por mí…
LUIS (*a PEDRO*):¿Se queda a cenar con nosotros'

AGUSTÍN y CARMEN, que siguen sin explicarse el brusco cambio en la actitud de LUIS respecto a PEDRO, miran a éste aguardando su respuesta.

PEDRO: ¿Por qué no?
LUIS (*a AGUSTÍN*): Dile a Nuria que vaya preparando las cosas.
AGUSTÍN: Oye, que no soy el chico de los recados, ¿eh?

Pese a su protesta, AGUSTÍN se dirige a la puerta de la casa y entra en ella. Quedan en escena PEDRO, LUIS y CARMEN, quienes intercambian miradas entre sí, como si se estuvieran calibrando. La situación resulta más bien embarazosa, ya que ninguno sabe qué decir para romper el hielo. Será CARMEN la que se decida a hablar.

CARMEN: Para que después digan de las mujeres. A vosotros, los hombres, sí que no hay quien os entienda.

Cae el TELÓN

SEGUNDO ACTO

Es casi mediodía. PEDRO y NURIA están sentados a la sombra, en el velador. Delante de ellos tienen la máquina de jugar al ajedrez. La mujer está terminando de echar una partida con la máquina y, tras muchas dudas, hace un último movimiento.

VOZ DE MÁQUINA: Jaque mate.
NURIA: Será posible que no pueda ganarle ni una sola vez.
PEDRO: No debe preocuparse. Cuando lleve jugando más tiempo verá cómo le gana.
NURIA (*mitad incrédula, mitad ilusionada*): ¿Usted cree?
PEDRO: Seguro. Si le gano yo, por qué no habría de ganarle usted.
NURIA: Hombre, cómo va a comparar. Usted lleva ni se sabe el tiempo y yo sólo dos días como aquel que dice.
PEDRO: Es sólo cuestión de paciencia.
NURIA: Y de inteligencia. Porque yo paciencia toda la que quiera, pero lo que es de lo otro…
PEDRO (*cambiando de tema*): ¿Cuándo dijeron que venían?
NURIA: A la hora de comer.
PEDRO: ¿No es un poco arriesgado actuar tres o cuatro veces en el mismo sitio?
NURIA: Este es el último que haremos aquí. Luego nos iremos con la música a otra parte.
PEDRO: ¿Y si les cogen, qué?
NURIA (*tocando el mármol como si fuese madera*): No me sea usted gafe. Además, en esta vida hay que arriesgarse. Usted que es jugador debería saberlo.
PEDRO: Una cosa es jugar al ajedrez y otra muy distinta jugar con fuego.

NURIA: No crea. Tampoco es para tanto. En el fondo, esto de sacarle dinero a la gente es más fácil de lo que parece. ¿Vio lo rápido que pagó el hombre aquel al que hicimos las fotos el día que usted llegó? (*PEDRO asiente*). Pues así todos.

PEDRO: ¿Nunca les han denunciado?

NURIA: No. Hasta ahora todos han pagado como Dios manda. No sé si es que los elegimos muy bien o si tenemos al santo de cara, pero el caso es que hasta ahora nadie nos ha salido rana.

PEDRO: ¿Y hasta cuando piensan…?

NURIA: ¿Dedicarnos a esto, quiere decir?

PEDRO: Sí.

NURIA: No lo sé. No lo hemos hablado. Aunque supongo que un día de estos habrá que arriar velas. Tampoco conviene tentar mucho a la suerte.

PEDRO: ¿Y no tiene miedo de que les cojan?

NURIA: ¡Figúrese! A mi edad ya no está una como para pasar una temporada en la cárcel.

PEDRO: Desde que la conocí me he preguntado varias veces cómo llegó a meterse en este trabajo.

NURIA: Pues seguramente igual que usted se metió en esto. (*Señala el tablero de ajedrez*). Por azar, por circunstancias…Yo estaba con Agustín, malviviendo de esto y de lo otro, y conocimos a Luis y a Carmen. Ellos tampoco andaban muy boyantes, y hablando y hablando se nos ocurrió lo de hacer chantajes con fotos. No hubo ningún plan preconcebido, créame. Salió así, y eso fue todo.

PEDRO: Lo mío fue más premeditado. Mi padre siempre quiso que yo fuese jugador de ajedrez.

NURIA: Debió empezar muy crío, ¿no? Se lo digo porque yo le vi actuar en un teatro de Madrid allá por el 52 o el 53, un poco después de aquel escándalo del secuestro, y era usted un mocoso. (*Hace memoria*). Si no recuerdo mal, en el espectáculo en el que usted iba había un

número deprestidigitación, una cantante de canción española, un dúo cómico que imitaba a Miguel Ligero y a Imperio Argentina, un malabarista…

PEDRO (*sonriendo*): Se ve que tiene buena memoria.

NURIA: Y después, claro, como número fuerte estaba usted… Por cierto, ¿quién era el señor aquel que salía vestido de smoking y que retaba al público a que jugara con usted?

PEDRO: Era mi padre.

NURIA: Lo recuerdo porque era un señor muy seco, que imponía mucho respeto al público. En cuanto que salió él al escenario se acabaron las risas y los comentarios en voz alta, y se hizo un silencio de aquí te espero. Pidió que subiesen al escenario todos los que quisieran jugar una partida con usted, pero nadie se atrevió. Entonces nos llamó cobardes y nos tomó el pelo diciéndonos que ni en los pueblos más perdidos se había encontrado con una gente tan ignorante y tan zafia como nosotros. Yo pensé que alguno, ofendido, iba a subir al escenario a romperle la cara, pero qué va, todo el mundo se quedó en su butaca, con la cabeza gacha, dándole la razón al esaborío aquel…Y usted perdone por lo de esaborío.

PEDRO: No hay nada que perdonar. Mi padre nunca fue una persona muy alegre.

NURIA: Y tanto que no era muy alegre… Pues como le iba diciendo, nos llamó de todo. Después de que se cansó de insultarnos, sacó del bolsillo un fajo de billetes ya todos se nos pusieron los ojos como platos. No desaprovechó la ocasión de llamarnos avariciosos y no sé cuántas barbaridades más, y como el que no quiere la cosa ofreció cincuenta mil pesetas –¡cincuenta mil pesetas de la época!; casi nadie al aparato– a aquel que le ganase a usted una partida. Los ánimos se caldearon y una docena de espabilados subieron al escenario dispuestos a hacerse ricos a su costa. Pero quiá. Usted se los merendó a todos en diez minutos.

PEDRO (*sonriendo*): Serían muy malos.

NURIA: ¿Perdió alguna vez?

PEDRO: No. Nunca.

NURIA: ¿Y no estaba amañado?

PEDRO: Que yo sepa, no.

NURIA: ¡Caramba con el niño! Pues se debieron hacer de oro con el invento. El teatro estaba aquella noche que no cabía un alfiler.

PEDRO: Sí que hicimos algún dinero, a qué negarlo. Pero ya sabe lo que pasa con el dinero. Lo mismo que viene, se va.

NURIA (*riendo*): Supongo que no se lo gastaría su padre en juergas.

PEDRO (*acompañándola en las risas*): No.

NURIA: ¿Usted le vio alguna vez reírse?

PEDRO: Sí, claro. Muchas veces. No era muy alegre, pero no llegaba al extremo de no reírse nunca. En el escenario sólo representaba un papel.

NURIA: Pues lo hacía de maravilla. ¿Y siempre insultaba al público?

PEDRO: Sí. Se lo tenía aprendido y siempre decía más o menos lo mismo.

NURIA: ¿Y nunca nadie le respondió de mala manera o le dio una bofetada o…?

PEDRO: No. Nunca.

NURIA: La gente, desde luego, es la repera. Cuanto más la pisotean, más contenta se pone. A los panolis estos a los que nosotros les sacamos el dinero, les pasa igual. Cuanto más les pedimos, antes lo sueltan. No parece sino que lo están deseando. ¡Y que sea por muchos años!

PEDRO: ¿Qué harán luego?

NURIA: ¿Cuándo dejemos de…?

PEDRO: Sí.

NURIA: Supongo que cada cual se irá por su lado. Quiero decir que Agustín y yo nos iremos por nuestro lado, y Carmen y Luis por el

suyo. La verdad es que después de estar todo este tiempo juntos nos costará separarnos. Pero ¡qué se le va a hacer! Es la vida.

PEDRO: ¿Qué le gustaría hacer una vez que se retiren?

NURIA: Yo con vivir tranquila en un sitio como éste me conformo. Pero Agustín no hay ni que hablarle de vivir en el campo. Se pone hecho un basilisco. A él lo que le ha ido siempre ha sido el jaleo. Y cuanto más, mejor. A ése lo planta usted en medio de Nueva York y se corre como un bendito. (*Ríe*). Así que me parece que me voy a quedar con las ganas de retirarme a vivir a un sitio como éste. Un poco más arregladito, eso sí. No crea que a mí me gusta la mierda.

PEDRO: ¿Llevan mucho tiempo juntos?

NURIA: ¿Quién? ¿Yo y Agustín? (*PEDRO asiente*). Más de treinta años. Si estuviésemos casados, iríamos camino de las bodas de oro.

PEDRO: Y van camino. Después de tanto tiempo, qué más da tener papeles o no.

NURIA: Eso me dicen todos, que es lo mismo estar casados que no. Pero a mí me hubiera gustado casarme, qué quiere que le diga. Ya sé que es una tontería que hoy ya no se lleva, pero desde niña siempre tuve esa ilusión. (*Sonríe sin alegría*). A este paso, como me descuide, me quedo con las ganas. Pero él es muy cabezón, y cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay forma de sacársela. Antes, cuando había que casarse por la iglesia, decía que por ese aro no pasaba, que él a los curas no podía verlos ni en pintura. Y ahora que podríamos casarnos por lo civil, me sale con que él es anarquista y que los anarquistas no creen ni en Dios ni en el Estado.

PEDRO: ¿De veras es anarquista?

NURIA: ¿Ese? Quite de ahí, hombre. Es una excusa que se ha buscado. Si viviese en un país racista y los negros tuvieran prohibido casarse, se pintaba de negro con betún con tal de no dar su brazo a torcer. (*Los dos ríen*). Y todo porque me enamoré de él como una tonta de baba y

sabe que me tiene cogida, que si no, le iba a aguantar sus cabezonerías Rita la Cantaora.

PEDRO: ¿Cómo le conoció?

NURIA: Pues como se conoce a la gente… Mi madre, que era viuda de guerra, tenía una Administración de Lotería y yo le echaba una mano en la ventanilla. Él solía entrar todas las semanas a comprar unos décimos, y tanto fue el cántaro a la fuente que… Que piqué y lo que me rompió no fue el cántaro sino otra cosa más íntima. (*Ríe desvergonzada y PEDRO la imita*). Sí, sí, no se ría. Tenía ya casi treinta años, pero todavía no sabía lo que era un hombre. Había salido con éste y con aquél, pero a decente no había quien me ganara. Era más virgen que una recién nacida… Y para que usted vea lo que son las cosas. Apareció ese bala perdida que nunca ha querido casarse conmigo y, zas, se me acabó el cuento. Me fui de casa y hasta hoy. Si mi pobre madre levantara la cabeza y viese a lo que me dedico, se me moría otra vez del patatús… Para que después digan que la vida no da vueltas. ¡Más vueltas que un tiovivo da la vida! Se lo digo yo. Aunque qué le voy a contar que usted no sepa. Porque su vida también se las ha traído, ¿eh?

PEDRO (*cómplice*): No me puedo quejar.

NURIA: Ya que hablábamos de matrimonio… ¿Es usted casado?

PEDRO (*sonriendo*): ¿Tan mal me quiere?

NURIA (*haciéndose cruces*): ¿Qué es usted? ¿Otro recalcitrante como Agustín?

PEDRO: No. Me casé, pero ahora estoy separado.

NURIA: Vaya por Dios.

PEDRO: No lo lamente. No vale la pena.

NURIA: ¿Y no ha pensado volver a casarse?

PEDRO (*bromeando*): Si es con usted, ahora mismo.

NURIA (*continuando la broma*): Hombre, tengo ganas de casarme, pero no tantas.

PEDRO: ¿Tan mal partido le parezco?
NURIA: No, no es que sea mal partido. Lo que me preocupa es cómo serían nuestros hijos siendo usted como es un niño prodigio y yo una lotera casquivana.
PEDRO: Sí, reconozco que la mezcla es un poco explosiva.
NURIA: ¡Y tanto! Con un poco de mala suerte hasta podrían salir con vocación de destripadores. O de fiscales, que no sé que es peor.

Los dos ríen

PEDRO: Así que no hay boda.
NURIA: Me temo que no.
PEDRO: En fin, todo sea por los hijos.

Hay una pausa

NURIA (*señalando la máquina*): ¿Cree que si le echo otra partida me dejará ganar?
PEDRO: Por probar nada se pierde.
NURIA (*tras pensarlo*): No, me parece que por hoy ya está bien. No quiero darle el gusto de que me deje otra vez en ridículo. (*Consulta su reloj y se levanta de un salto*). ¡Pero si es tardísimo! Voy a ver si termino de hacer la comida antes de que vuelvan.
PEDRO: ¿Quiere que le ayude?
NURIA (*yendo hacia la casa*): No, no. Usted quédese ahí con la maquinita. Dele una paliza de mi parte a ver si así se le bajan los humos.

NURIA desaparece dentro de la casa. PEDRO enciende un cigarrillo y se pone a jugar con la máquina. Se oye el motor de un coche acercándose. El coche frena y el motor se para. Las puertas se abren y luego se cierran. PEDRO ha seguido

jugando. Al cabo de pocos segundos entran en escena LUIS, CARMEN y AGUSTÍN. Este último lleva al hombro su cámara fotográfica.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): ¿No se cansa de estar todo el día dale que te pego? (*PEDRO deja de jugar*). ¡Joder qué vicio más tonto!
PEDRO: ¿Cómo ha ido todo?
LUIS: Muy bien.
AGUSTÍN (*pasándose la mano por el cuello*): No falla. En cuanto que llego aquí me pongo a sudar como un cerdo. Voy para adentro, a ver si encuentro algo fresco.

Va hasta la casa y entra en ella. LUIS y CARMEN se aproximan al velador y miran el tablero.

LUIS: ¿Quién gana?
PEDRO: De momento, ella.
CARMEN (*burlona*): ¡No me diga!

PEDRO mueve una pieza y, a continuación, la máquina hace lo propio. Se suceden cinco o seis jugadas por parte de PEDRO y de la máquina con LUIS y CARMEN como espectadores.

PEDRO: Jaque Mate.
LUIS: ¿Ya?
PEDRO: Ya.
CARMEN: Está visto. La tiene amaestrada.
LUIS: Una vez, en la cárcel, intentaron enseñarme, pero debo ser duro de mollera porque no consiguieron hacer carrera de mí.
CARMEN: No empieces tú ahora con tus batallitas de la cárcel.

LUIS: Partida que jugaba, partida que perdía.
CARMEN (*con sorna*): Eso es que tienes vocación de máquina. (*A PEDRO*). ¿No se cansa de ganar siempre?
PEDRO: No.
CARMEN (*provocativa*): ¿También tiene la misma suerte en otros juegos?
PEDRO: Ganar al ajedrez no es cuestión de suerte.
CARMEN: ¿De qué entonces?
PEDRO: De concentración, de astucia, de…
CARMEN (*interrumpiéndole*): Así que es un astuto, ¿eh? Viéndole, nadie lo diría. ¿Es igual de astuto en otras cosas?
PEDRO (*a la defensiva*): ¿A qué cosas se refiere?
CARMEN: Con las mujeres, por ejemplo.

> *LUIS se siente cada vez más incómodo ante el giro que CARMEN está dando a la conversación. De momento, sin embargo, se abstiene de intervenir.*

PEDRO (*mirando a CARMEN a los ojos*): Sí, con ellas soy igual de astuto.
CARMEN: ¿Eso qué es? ¿Un farol?
PEDRO: No. Una respuesta a la pregunta que usted me ha hecho.
CARMEN: ¿Sabe lo que pienso de usted?
PEDRO:¿Que soy un presuntuoso?
CARMEN: Que es un presuntuoso salta a la vista. Además de eso.
PEDRO: No, no lo sé.
CARMEN: Pues que en el fondo es como todos: un perdedor. Y que intenta engañarse a sí mismo ganándole una partida tras otra a esa estúpida máquina.
PEDRO: ¿Y quién le ha dicho que me engaño?
CARMEN: Nadie. Usted mismo.
PEDRO: No creía que fuera tan locuaz.
CARMEN: Lo es, amigo mío, lo es.

CARMEN inicia la retirada hacia la casa. PEDRO y LUIS ven como entra en ella. LUIS se sienta frente a PEDRO y habla por hablar, tratando así de aliviar la tensa atmósfera que ha quedado tras el cruce de palabras entre CARMEN y PEDRO.

LUIS: Lo que no me entraba por mucho que me lo explicaran es que la apertura es muy importante. Yo siempre salía a la buena de Dios y, claro, así no había manera. Perdía de todas todas.

PEDRO: ¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel?

LUIS: La última vez, tres años y medio. Fue por un atraco que no resultó bien.

PEDRO: ¿Conocía ya a Carmen?

LUIS: No, no. Eso fue mucho antes de conocerla.

PEDRO: ¿Y dio muchos atracos que resultaran bien?

LUIS (*riendo*): ¡Qué más hubiera querido yo! Entonces era demasiado joven y demasiado alocado. Y ahora que no soy ni lo uno ni lo otro, se me ha pasado la edad.

PEDRO: No sabía que para dar un atraco hubiera que tener una determinada edad.

LUIS: Póngase a correr a la puerta de un Banco y verá si hace falta ser joven o no.

PEDRO: ¿Y la preparación? ¿No cuenta?

LUIS: Mucho. Pero si a la hora de llevar a la práctica lo que se ha preparado fallan las piernas, apaga y vámonos.

PEDRO: Si cuando se es joven se es un inconsciente y falla la preparación, y cuando se es mayor, fallan las piernas, los banqueros están de enhorabuena. A nadie le saldrá bien un atraco.

LUIS: Hombre, tanto como eso. La cosa es un poco más complicada. Quizá no tanto como esto del ajedrez, pero un poco más complicada.

PEDRO: ¿Ha estado metido alguna vez en un secuestro?

LUIS (*negando con la cabeza*): Para un secuestro se necesita mucha gente. Y cuando hay mucha gente, problemas que te crio.

PEDRO: Aquí también son muchos.

LUIS: Los justos. Nuria se ocupa de la casa, Agustín hace las fotos, yo preparo todo y Carmen… Bueno, y Carmen hace lo que hace. No sobra ni falta nadie.

PEDRO: Sobro yo.

LUIS: ¿Por qué dice eso?

PEDRO: Yo, ni hago fotos, ni me ocupo de la casa ni…

LUIS (*cortándole*): Tampoco participa en los beneficios. Vaya lo uno por lo otro.

Hay una breve pausa.

PEDRO: ¿Por qué cambió de actitud el otro día? (*LUIS no dice nada*). ¿Por qué me invitó cuando supo quién era, en vez de echarme o de hacerme algo peor, como pensaba en un principio?

LUIS: Yo también me lo he preguntado y la verdad es que no lo sé muy bien. Quizá sólo fue porque usted no era ningún desconocido.

PEDRO: ¿Ah, no?

LUIS: Después de haber oído hablar tanto de usted durante aquellos años, ¿cómo iba a ser un desconocido? Aunque ahora no quiera reconocerlo, usted fue un ídolo cuando niño. Todas las madres querían tener un hijo como usted. Era el espejo en que nos hacían mirarnos… Cuando después de tantos años me he vuelto a encontrar con usted, ahora ya no por la radio, ni por las revistas, ni por el NO-DO, sino en carne y hueso, ¿qué quería que hubiese hecho? ¿Qué hubiese roto el espejo?

PEDRO (*con vehemencia, haciendo de abogado del diablo*): Pero ¿por qué esa confianza en mí? Podría denunciarles, podría hacer que…

LUIS (*atajándole*): Sabe mejor que yo que no hará nada de eso.
PEDRO: ¿Cómo puede estar tan seguro?
LUIS: ¿Acaso lo hará?
PEDRO: No.
LUIS: ¿Lo ve? (*Sonríe*). Después de haberme servido de espejo durante todos aquellos jodidos años, usted es como de la familia.
PEDRO: ¿Es que en las familias no hay traiciones?
LUIS: En ésta, no. Y, por favor, no vuelva a preguntarme cómo puedo estar tan seguro.
PEDRO: Descuide. No se lo preguntaré.

Se produce otra pausa.

LUIS: Lo que nunca entendí fue por qué desapareció de la noche a la mañana. De pronto se dejó de hablar de usted, y hasta hoy.
PEDRO (*remedándole*): La cosa es un poco más complicada. Quizá no tanto como esa historia suya de las familias y los espejos, pero un poco más complicada.

Los dos ríen

LUIS: ¿Qué ocurrió para que se esfumase tan de repente?
PEDRO: No fue tan de repente. Lo que pasó es que fui creciendo. Me salieron pelos en las piernas, el pantalón corto empezó a sentarme fatal, los pelillos del bigote ya no podían disimularse y tuve que comenzar a afeitarme… En fin, pasó lo que tenía que pasar. El niño dejó de ser niño y perdió su encanto. Un día, estando en el camerino de un teatro de Santander, me miré en el espejo… (*Sonríe*). Pero en un espejo de verdad, ¿eh?... Me miré en el espejo y me vi tan espantosamente ridículo que me dije: "Hasta aquí hemos llegado". Cuando le

dije a mi padre que me retiraba se llevó un disgusto de muerte. Pero no me apeé del burro. Dije que me retiraba y me retiré.

LUIS: Pero seguiría jugando, ¿no?

PEDRO: Sí. Hasta los veinticinco años participé en torneos. Pero sin mucho éxito, no crea. No era lo mismo ganar a unos aficionados en un teatro que enfrentarse a profesionales de categoría. Me di cuenta de que nunca pasaría de ser un jugador mediocre y me fui a casa. Me ofrecieron escribir en un periódico y desde entonces he visto los toros desde la barrera.

LUIS (*extrañado, señalando la máquina*): ¿Y qué prefiere? ¿Jugar con la máquina antes que con una persona?

PEDRO: Quizá le parezca una aberración, pero sí, prefiero a la máquina. A lo mejor es sólo porque es más cómodo y puedo trasladar al contrincante de un sitio a otro. (*Pausa*). ¿Se quedarán aquí mucho tiempo?

LUIS: Un par de días. El tiempo justo de cobrar este último trabajo. Pero aunque nosotros nos vayamos, usted puede quedarse en la casa si quiere. El alquiler está pagado hasta fin de mes.

PEDRO: Sí, a lo mejor me quedo.

LUIS: ¿Se olvidó ya de sus secuestradores? (*PEDRO niega con la cabeza*). ¿Sabe dónde están los otros?

PEDRO: Al único que creía que tenía localizado era a Rivera.

LUIS: ¿Cómo dará entonces con los otros?

PEDRO: No lo sé. Quizá los policías que llevaron el caso puedan darme una pista.

LUIS: Después de tanto tiempo estarán jubilados.

PEDRO: Mientras vivan y conserven la memoria…

LUIS: ¿Y una vez que haya visto a sus secuestradores y haya hablado con ellos, qué hará?

PEDRO: Nada. Volver a casa.

LUIS: Demasiado ruido para tan pocas nueces, ¿no le parece?

PEDRO (*repentinamente animado*): Si fuera capaz, me gustaría escribir un libro sobre mi vida aquí con esos hombres. Un libro que hablara de la liberación que fue para mí salir de la rutina de los teatros, y de la aventura –una de las pocas que he tenido en mi vida– que supuso el secuestro. Un libro que hablara del cariño que esos hombres me cogieron en las semanas que estuvimos juntos, y del cariño que yo les cogí a ellos. Y un libro que hablara también de la mala suerte que tuvieron al detenerles y de los años que pasaron en la cárcel…

LUIS: ¿Y por qué no iba a ser capaz? Ya ha escrito otros.

PEDRO: No es lo mismo. En los otros libros sólo he hablado de ajedrez, no de mí.

LUIS: Sigo sin entender por qué hace todo esto.

PEDRO: Si algún día veo a esos hombres y escribo el libro, espero que lo entienda. (*Sonríe*). De momento, ni siquiera lo entiendo yo. Después de todo, quizá no sea más que una forma de pasar el verano.

LUIS: No me negará que es una forma un tanto curiosa de pasarlo.

PEDRO: Si vamos a ello, tampoco ustedes lo están pasando tranquilamente en la playa o en la sierra.

LUIS: También es verdad.

PEDRO: ¿Tienen ya decidido adonde irán cuando se vayan de aquí?

LUIS: Al Sur.

PEDRO: Vaya. Eso se acerca más a un verano tradicional.

LUIS: No crea. Si vamos al Sur es porque hay un par de tipos a los que tengo en cartera.

PEDRO (*mitad en broma, mitad en serio*): Supongo que no necesitarán a un ex niño prodigio para completar el equipo.

LUIS: Que yo sepa, esos dos prefieren las mujeres al ajedrez.

PEDRO: No se lo reprocho.

LUIS: Otra vez será.

PEDRO (*resignado*): Otra vez será. (*Duda unos instantes si decir algo o no. Al fin se decide*). Quizá le parezca un entrometido o un puritano, pero hay una pregunta que me gustaría hacerle.

LUIS (*sonriendo*): En las películas de gánsteres suelen decir: "Dispare".

PEDRO: ¿No le importa que Carmen se acueste con…?

LUIS (*adelantándose*): ¿Con esos hombres a los que chantajeamos? (*PEDRO asiente*). No, ¿Por qué habría de importarme? Es parte del trabajo. ¿A usted le importaría?

PEDRO (*cogido por sorpresa ante la devolución de la pelota*): No sé. No sabría qué decirle.

LUIS: Si fuera celoso, caería en la misma trampa que los tipos a los que chantajeamos. ¿Por qué cree que pagan? Pues porque no quieren que lo sepan sus mujeres y les monten un número de celos que podría terminar hasta en ruptura familiar. Yo no puedo permitirme ese lujo.

PEDRO (*con cierta malicia*): ¿El de ser celoso o el de que se rompa la familia?

LUIS: Ninguno de los dos.

PEDRO: Otra vez le veo muy seguro.

LUIS (*sonriendo*): Sí, a este paso voy a coger complejo.

> *AGUSTÍN sale de la casa. Lleva en sus manos un mantel y unas servilletas, además de platos y cubiertos. Ha oído las últimas palabras de LUIS.*

AGUSTÍN: ¿De qué? ¿De vago? Podrías ayudar un poco, ¿no? No creo que se te fueran a caer los anillos.

> *NURIA y CARMEN también salen de la casa. Traen sendas fuentes con chuletas y ensalada.*

LUIS (*incorporándose*): ¿Qué falta?
NURIA: El vino y unos vasos.

LUIS se dirige a la puerta de la casa.

AGUSTÍN: ¡Que esté fresco!

LUIS entra en la casa. AGUSTÍN, NURIA y CARMEN ponen todo lo que traían en la mesa de madera que hay en el porche. PEDRO deja el velador y se acerca a ellos.

NURIA (*dando los últimos toques*): Bueno, esto ya está.
AGUSTÍN (*soñador*): Si estuviéramos al lado del mar, seguro que hacía un poco de brisa.
NURIA: Pues aquí, como no te soplemos, me parece que te vas a quedar con las ganas.

Los cuatro personajes se sientan a la mesa.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): Cuando usted estuvo aquí, ¿qué era? ¿Verano o invierno?
PEDRO: Invierno.
AGUSTÍN: ¿Y también hacía calor?
PEDRO: No. Mucho frío.
AGUSTÍN: ¡Hay que joderse! Si es lo que yo digo, estas casas de campo son como los jipijapas, que no sirven ni para el verano ni para el invierno.
NURIA (*a PEDRO*): Traiga el plato, que le ponga.

PEDRO le tiende su plato y NURIA le sirve unas chuletas y un poco de ensalada.

PEDRO: Gracias.

LUIS sale de la casa con dos botellas de vino y cinco vasos. Va hasta la mesa y se acomoda al lado de los otros. NURIA continúa sirviendo. AGUSTÍN toma las dos botellas de vino. Elige una.

AGUSTÍN: Esta parece que está más fresca.
NURIA: ¡Ay, hijo! No parece sino que tuvieras un horno en el cuerpo.
AGUSTÍN (*sirviéndose vino*): ¿Sabéis lo que soñé anoche?
NURIA: Alguna estupidez, seguro.
AGUSTÍN (*picado*): ¿Qué soñaste tú, a ver?
NURIA: No me acuerdo.
AGUSTÍN: No me acuerdo, no me acuerdo. Una gilipollez. Como si lo estuviese viendo.
NURIA: ¿Qué soñaste?
AGUSTÍN: Que me casaba contigo por la iglesia, por supuesto que no.
NURIA: ¿Nos lo vas a contar o no?
AGUSTÍN: ¡¡No!!
NURIA: Mejor, así nos ahorraremos oír alguna pamplina de las tuyas.
AGUSTÍN: ¡Mira qué graciosa!
NURIA: Anda, come y calla.

Todos han empezado a comer y hay unos instantes de silencio.

AGUSTÍN (*a PEDRO, de sopetón*): ¿Jugó alguna vez con Franco?
NURIA (*a media voz*): ¿Con qué saldrá éste ahora?
PEDRO: ¿Cómo dice?
AGUSTÍN: Que si jugó alguna vez con Franco al ajedrez.
PEDRO: No. ¿Por qué?
AGUSTÍN: Como el otro día me dijo que iba a sus recepciones, pensé que a lo mejor…

PEDRO: No. Nunca jugué con él.

AGUSTÍN: Esa sí que hubiese sido una buena foto. Usted y Franco jugando al ajedrez. ¡Me la hubieran quitado de las manos!

LUIS (*a PEDRO*): ¿Franco jugaba al ajedrez?

PEDRO: No lo sé.

NURIA: ¿Es verdad que iba a sus recepciones?

PEDRO: Sí. Me invitaban de vez en cuando.

NURIA: ¡Qué interesante!

PEDRO (*quitándole importancia al asunto*): Como invitaban a otra gente del espectáculo más o menos famosa.

NURIA: ¿Y alguna vez habló con él?

PEDRO: Sólo el tiempo de darle la mano y saludarle.

NURIA: ¿Y qué le decía?

AGUSTÍN: Mira que eres tonta. ¿Qué le iba a decir? ¿Me cago en tus muertos?

PEDRO: ¿Él a mí o yo a él?

NURIA: Él a usted.

PEDRO: Me preguntaba qué tal estaba y qué edad tenía, y yo le respondía que estaba muy bien y que tenía diez o doce o los años que tuviera.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): Más de una recepción de esas me tuve que chupar cuando estaba en el periódico. Seguro que por los archivos deben andar montones de fotos mías en las que se ve a Franco estrechándole la mano. No sé cómo serán las recepciones ahora, pero por aquel entonces eran de una sosería y una singracia que echaban para atrás al más pintado. ¿Usted se lo pasaba bien en ellas?

NURIA: Cómo se lo va a pasar bien un niño en una fantasmada de esas.

AGUSTÍN: ¡Qué sabrás tú!

PEDRO: Me aburría un poco, esa es la verdad.

NURIA (*a AGUSTÍN*): ¿Lo ves?

AGUSTÍN (*regodeándose en el recuerdo del pasado*): Los que nos lo pasábamos teta éramos los fotógrafos. Mientras los invitados tenían que estar dos o tres horas delante del mandamás, todos estirados, a nosotros, en cuanto que se terminaba el tiempo que nos daban para hacer las fotos, nos llevaban a un cuarto aparte y allí nos poníamos morados de comer y beber. Y todo de primera ¿eh? Nada de bisutería.

LUIS: Hasta que se te acabó el chollo.

AGUSTÍN: No me lo recuerdes.

LUIS (*a PEDRO*): ¿No conoce la historia?

PEDRO: No. ¿Qué historia?

AGUSTÍN (*a LUIS*): No seas mamón y no empieces ahora a sacarme los colores.

LUIS (*a PEDRO*): ¿A que no sabe a qué se dedicaba nuestro amigo Agustín por aquella época aparte de hacerle fotos a usted en las recepciones de Franco?

PEDRO (*a AGUSTÍN*): ¿A qué se dedicaba?

AGUSTÍN: ¿Qué a qué me dedicaba? Pues a descapullar monos. ¡No te fastidia!

LUIS (*a PEDRO*): Ahí donde le ve tan modosito se dedicaba nada menos que a hacer fotos "artísticas".

AGUSTÍN (*siguiéndole el juego*): Es lo que hacemos los artistas, ¿no?, fotos "artísticas".

PEDRO (*atónito*): ¿No me diga que hacía fotos pornográficas en los años 50?

AGUSTÍN: Hombre, tampoco quiero ponerme ninguna medalla. Pornográficas, pornográficas, no eran. Subidas de tono, sí, pero de ahí a que fueran pornográficas… Por aquel entonces hasta los más golfos éramos unos pipiolos. Si hubiésemos llegado a ver las fotos que se hacen hoy nos da algo.

PEDRO: ¿Y era buen negocio ése?

AGUSTÍN: No estaba mal.

LUIS: Que no estaba mal, dice. Seguro que te forrabas.
AGUSTÍN: Reconozco que las vendía mejor que las de las recepciones de Franco, pero de ahí a forrarme.
LUIS (*a NURIA*): ¿Tú ya le conocías?
NURIA: No. Yo le conocí un poco después, cuando empezó a jugar a la lotería a ver si así salía de pobre.
PEDRO (*a AGUSTÍN*): ¿Qué pasó? ¿Le cogieron?
AGUSTÍN: Cazaron al tontaina que las distribuía, le dieron un par de galletas y cantó todo lo que sabía y un poquillo más. Así que cuando quise darme cuenta estaba en una celda de la comisaría sin cinturón, sin corbata y sin cordones de los zapatos. Cada vez que me acuerdo que me quitaron hasta los cordones de los zapatos, me pongo negro. ¿A qué gilipollas se le pudo ocurrir que yo iba a suicidarme con unos cordones de zapato?
LUIS: Pero sigue, sigue, no te quedes ahí. Cuéntale lo que pasó luego.
AGUSTÍN: Pues que los meapilas del periódico se enteraron de la jugada y me pusieron en la calle.
PEDRO: ¿Le metieron en la cárcel?
AGUSTÍN: ¡Joder! Sólo me hubiera faltado eso.
LUIS: Ahí quería yo llegar.
AGUSTÍN: No te pases, ¿eh, Luis?
LUIS (*con retintín*): Le soltaron a las veinticuatro horas porque tenía muy buenos amigos en la policía.
AGUSTÍN: No es ningún pecado tener amigos en la policía, ¿no?
LUIS: No, no, claro que no es ningún pecado. Algunos incluso lo consideran una virtud.
AGUSTÍN: Me echaron una mano. Eso es todo.
LUIS (*mimando su incredulidad*): ¿Por amistad?
AGUSTÍN: Sí, por amistad.
LUIS: ¿O fue por algo peor?
AGUSTÍN: Luis, que te veo venir.

LUIS (*a PEDRO, señalando a AGUSTÍN*): ¿Se lo imagina de confidente?
AGUSTÍN (*rezongando*): Ya salió la palabrita.
LUIS: Diga. ¿Se lo imagina?
PEDRO: Pues no sé. No sabría decirle.
AGUSTÍN: Hombre, muchas gracias por la confianza.
LUIS: Venga, Agustín, déjate de historias, que estás entre amigos.
AGUSTÍN: ¡Y qué amigos!
LUIS: ¿Eras confidente o no eras confidente?
AGUSTÍN (*sulfurado*): Era… Bueno, me callo porque no quiero mentar a las madres.
LUIS: ¿Eras confidente o no eras confidente?
AGUSTÍN: ¡Y dale! Pero ¿es que tengo yo cara de confidente, o qué? (*Pone a PEDRO por testigo*). Y estos son los que dicen que son mis amigos. ¿Sabe lo que le digo? Que prefiero haber sido amigo de unos policías cojonudos, que se portaron conmigo como hombres cuando me hizo falta, que no de unos cabrones como estos.

> *NURIA y LUIS ríen por haber conseguido que AGUSTÍN se haya encolerizado. CARMEN, por su parte, continúa comiendo impasible, ajena a la conversación y a las bromas que se suceden en la mesa.*

LUIS: ¡Unos policías cojonudos! Tendrá cara el tío.
AGUSTÍN: Sí, hombre, reíros reíros, a ver si reventáis.
PEDRO (*a AGUSTÍN*): ¿Y qué hizo luego?
AGUSTÍN (*despistado*): ¿Luego? ¿Luego de qué?
PEDRO: De que le despidieran del periódico.
AGUSTÍN: Pues qué iba a hacer. Buscarme la vida. Y como no sabía hacer otra cosa me fui al Retiro y me harté de fotografiar reclutas y chachas. ¡Un museo de los horrores, se lo juro por mi madre! Porque ahora la raza ha mejorado, pero lo que era entonces… El que no era

bizco, estaba picado de viruela, y el que no era enano y cabezón, era narizotas o tenía un brazo más largo que otro. ¡Aquello sí que era pornografía y no la que vendíamos nosotros! (*Risas de todos menos de CARMEN*). Y lo más gracioso era que cuando les entregaba las fotos, más de uno me decía que le había sacado muy feo, y no me quería pagar.

Nuevas risas.

LUIS: ¿Y entonces, qué hacías? ¿Llamabas a tus amigos policías para que les obligaran a pagarte?

Más risas.

AGUSTÍN: Vaya fijación que ha cogido éste con la policía.
NURIA (*levantándose*): Voy a por el postre.
AGUSTÍN: ¿Qué hay?
NURIA: Ciruelas.
AGUSTÍN: ¿Sólo ciruelas?
NURIA: Sólo ciruelas. Y bien que te gustan.
AGUSTÍN: Sí, y bien que me gustan. Pero llevamos comiendo ciruelas un día sí y otro también ni se sabe el tiempo. Estoy de ciruelas hasta el…
NURIA: Sí, hijo, sí, hasta el ciruelo. No hace falta que lo digas.

NURIA echa a andar hacia la puerta de la casa.

AGUSTÍN: ¡Tráeme un coñac con hielo!
NURIA (*dándose la vuelta*): ¿Con lo mal que te sienta el coñac?
AGUSTÍN: Así me casaré antes contigo en artículo mortis.
NURIA (*a los demás*): ¿Queréis coñac también vosotros?

LUIS: No.
PEDRO: No, gracias.
NURIA: ¿Y tú, Carmen?

> *CARMEN niega con la cabeza y NURIA desaparece dentro de la casa.*

LUIS (*a CARMEN*): Estás muy callada. ¿Te ocurre algo?
AGUSTÍN (*con mala leche*): Estará meditando.
CARMEN: En las cosas tan profundas que estás diciendo.
AGUSTÍN (*a PEDRO*): Ella también entiende mucho de fotos. Fue modelo.
PEDRO (*a CARMEN*): ¿Es cierto que fue modelo?
AGUSTÍN: Lo que yo le diga. Sin embargo, lo que nunca cuenta es por qué lo dejó. O por qué la dejaron, para ser más exactos.
PEDRO (*a CARMEN*): ¿Es un secreto?
CARMEN: ¿Y qué si lo fuera?
AGUSTÍN (*aludiendo a PEDRO*): ¿Se lo vas a contar aquí, al amigo?
CARMEN: Eso también es un secreto.
AGUSTÍN (*a LUIS, sin abandonar su mala intención*): Huyhuyhuy. Muchos secretos me parecen a mí estos. Aquí hay gato encerrado.
CARMEN (*a AGUSTÍN*): Tú ten cuidado, no vaya a ser que el gato deje de estar encerrado y saque las uñas.
AGUSTÍN (*agresivo*): ¿Eso qué es? ¿Una amenaza?
CARMEN: El día que quiera amenazarte, descuida que te avisaré.
AGUSTÍN: Hombre, muchas gracias por el detalle.
CARMEN: Será el único que tenga contigo.
AGUSTÍN: ¿Ah, sí?
CARMEN: ¿Qué esperas? ¿Que además te haga cosquillas?
LUIS: Bueno, bueno, dejadlo ya. Que estáis siempre como el perro y el gato. ¡Vaya por Dios! Ya salió otra vez el dichoso gato.

NURIA sale de la casa con un plato de ciruelas y un vaso que contiene coñac con hielo. Ha alcanzado a escuchar las últimas palabras de LUIS.

NURIA (*mirando en derredor a la busca del supuesto gato*): ¿Qué gato?
CARMEN: ¿Qué gato va a ser? El gato con botas.
NURIA: Como os he oído hablar de un gato…
AGUSTÍN (*quitándole el vaso de un manotazo*): Trae para acá.
NURIA: Cuidado, que lo vas a derramar. (*AGUSTÍN bebe un largo trago*). ¡Hala! No te lo bebas tan deprisa, que no hay otro.
AGUSTÍN: Habrá los que me salgan de los cojones.
NURIA: ¿Qué le pasa a éste?

NURIA pone el plato de ciruelas sobre la mesa y se sienta en su sitio. Todos, excepto AGUSTÍN, comienzan a comer la fruta.

CARMEN (*respondiendo a la pregunta de NURIA*): Se habrá enfadado por algo.

AGUSTÍN dirige a CARMEN una mirada asesina, pero se contiene y calla.

NURIA (*a AGUSTÍN*): Desde luego, no se te puede dejar solo.
AGUSTÍN: Tú cierra el pico.
NURIA (*a LUIS*): Pero ¿qué es lo que ha pasado?
LUIS: Nada, estábamos bromeando y…
AGUSTÍN (*atajándole*): Hay bromas y bromas.
NURIA (*a AGUSTÍN*): Siempre tienes que sacar las cosas de quicio.
AGUSTÍN: Te he dicho que te calles.

NURIA: No me da la gana.

AGUSTÍN (*desdeñoso*): No tiene ni media bofetada y se pone a levantarme la voz.

NURIA: ¿Es que ahora la vas a pagar conmigo y me vas a montar una escenita?

AGUSTÍN: Si no te metieras donde no te llaman…

CARMEN (*a PEDRO*): No están casados, pero como si lo estuvieran. Esto huele ya a pelea conyugal.

AGUSTÍN (*encarándose con CARMEN*): Encima, cachondéate. La culpa de todo la tienes tú, so desgraciada.

LUIS: Vamos, vamos, Agustín.

CARMEN (*sonriéndole a AGUSTÍN*): ¿De veras?

AGUSTÍN (*señalando a LUIS*): Si no fuera por éste, ya te iba a enseñar yo a ti modales.

CARMEN (*sin dejar de sonreír burlonamente*): ¿Ah, sí?

LUIS (*a CARMEN*): No compliques tú más las cosas.

AGUSTÍN: Pero ¿quién se ha creído ésta que es?

CARMEN: Una don nadie como tú.

AGUSTÍN: ¿Encima me vas a insultar?

CARMEN: Pero ¿es que llamarte don nadie es un insulto?

NURIA: Por favor, Carmen.

AGUSTÍN (*sin venir muy a cuento*): Esto me pasa por rodearme de putas.

NURIA (*dolida*): Sí, hombre, métenos a todas en el mismo saco.

AGUSTÍN (*casi a gritos*): ¡Que es lo que sois todas, unas putas!

CARMEN (*a PEDRO, riendo*): ¿Y esto a qué viene ahora?

Pedro se encoge de hombros.

AGUSTÍN (*levantándose*): ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que os den por el culo!

Hace un corte de mangas y va hasta la puerta de la casa. Entra en ella.

NURIA: ¿Qué le habéis hecho para que se ponga así?
LUIS: Ya te lo he dicho antes, nada.
CARMEN: Le habrá dado un avenate.
NURIA (*a CARMEN*): Sabiendo como es, parece mentira que lo trates de esa manera.
CARMEN: Si lo ataras más corto, no pasaría nada de esto.
NURIA: ¿Qué quieres decir?
CARMEN: Si estás ciega, no seré yo quien te abra los ojos.
LUIS (*al quite*): Bueno, por qué no lo dejáis de una vez. Esto se parece cada día más a un corral.
CARMEN: Sí, a un corral con muchos gallitos.
NURIA (*incorporándose*): Voy a ver si le tranquilizo.
CARMEN (*con doble sentido*): Eso, tranquilízale. A ver si así se calma y nos deja a las demás en paz.
LUIS: Vamos, Carmen, ¿quieres callarte ya?

NURIA entra en la casa.

CARMEN: Si hay algo que me fastidia en esta vida es un viejo verde.
LUIS: No sé de dónde has sacado que…
CARMEN (*cortándole*): ¿Tú también estás ciego?
LUIS: Si no le dieras pie…
CARMEN: ¿Qué quieres? ¿Que me acueste con esos tíos vestida? A saber lo que hará ese cochino con las fotos que se queda.
PEDRO (*poniéndose en pie*): Bueno, creo que…
CARMEN: No, no, no se marche. Le garantizo que no le vamos a amenizar con otra pelea conyugal.

PEDRO vuelve a sentarse.

LUIS (*a PEDRO, sonriéndole*): Diversiones no le faltan, ¿eh?
CARMEN: Decías tú un corral… Un circo es lo que parece esto.
LUIS: A ver si cobramos y nos vamos de aquí. A lo mejor en el Sur nos calmamos todos un poco.
CARMEN: Lo dudo.
LUIS: Tú siempre tan optimista.

Hay una pausa.

CARMEN (*a PEDRO*): ¿Qué hará cuando nos vayamos?
PEDRO: No lo tengo decidido aún. Quizá me quede unos días más aquí.
CARMEN: ¿Tanto le gusta esto?... Ah, sí, ya me lo contó una vez. (*Provocativa*). ¿Y qué hará? ¿Quedarse aquí toda la vida recordando lo feliz que fue entonces?
PEDRO: Tanto como toda la vida…
CARMEN: ¿Tan poco feliz es ahora que tiene que estar continuamente pensando en el pasado?
PEDRO: No pienso continuamente en el pasado. De vez en cuando lo recuerdo. Eso es todo. ¿Usted no lo hace?
CARMEN: ¿Qué? ¿Recordar el pasado?
PEDRO: Sí.
CARMEN: ¿Y de qué sirve?
PEDRO: De nada.
CARMEN: ¿Entonces?
PEDRO: ¿Es que todo tiene que servir para algo?
CARMEN: Tal como yo lo veo, sí.
LUIS (*sacando un pañuelo*): Agustín tiene razón.

CARMEN (*sarcástica*): ¡No me digas!

LUIS (*secándose el sudor*): Hace un calor espantoso.

CARMEN (*a PEDRO, volviendo a lo de antes*): Y cuando se haya cansado de recordar lo feliz que fue aquí de niño y de compararlo con lo poco feliz que es ahora, ¿qué hará? ¿Irse a otra casa donde también le tuvieran secuestrado y repetir la jugada?

PEDRO: Puede ser una solución. La verdad es que no se me había ocurrido.

CARMEN: Está visto que no se le pueden dar malas ideas. Es capaz de llevarlas a cabo.

PEDRO: ¿De dónde sacó que soy poco feliz ahora?

CARMEN: ¿No lo es?

PEDRO: Debería trabajar como adivinadora.

CARMEN: En esto nuestro se gana más.

PEDRO: ¿Tanto le interesa el dinero?

CARMEN: ¿A usted no?

PEDRO: Gané mucho de niño…

CARMEN (*elevando los ojos al cielo*): Ya salió el niño otra vez.

PEDRO (*concluyendo su frase anterior*): …Y perdí pronto el sentido del dinero.

CARMEN: ¿Qué se siente al ser rico?

PEDRO (*riendo*): No he dicho que fuera rico. Sólo que gané bastante dinero.

CARMEN: ¿Y qué hizo con él? ¿Lo gastó? ¿Lo invirtió? La verdad es que no me lo imagino como hombre de negocios.

PEDRO: Otra vez acertó. ¿De verdad no se ha planteado trabajar como adivinadora?

CARMEN: Diga, ¿qué hizo?

PEDRO: Lo invirtieron por mí. Yo entonces era muy…

CARMEN (*atajándole*): Sí, sí, ya sé. Muy joven.

PEDRO (*tomándole el pelo*): ¿Cómo lo ha adivinado?
CARMEN: Debe ser que tengo una bola de cristal.
PEDRO: Por ahí empiezan todas las adivinadoras. Por la bola de cristal.
CARMEN: Parece que sabe mucho de adivinadoras.
PEDRO: Con usted estoy aprendiendo todavía más.

> *LUIS continúa fuera de la conversación y da síntomas de aburrirse.*

CARMEN (*sardónica*): ¿Qué pusieron con su dinero? ¿Una fábrica de tableros de ajedrez?
PEDRO: Ahí le falló la bola.
CARMEN: ¿Una red de guarderías?
PEDRO: Frío.
LUIS: Será en el Polo Norte, porque lo que es aquí…
CARMEN: ¿No le gustan tanto los niños?
PEDRO:¿De dónde ha sacado eso?
CARMEN: ¿O es que es un narcisista retrospectivo y sólo le gusta el niño que usted fue?
PEDRO: ¿Dónde aprendió eso del narcisista retrospectivo? ¿En un libro de psicología?
CARMEN: No me hizo falta leer ningún libro.
PEDRO: Otra vez sus dotes de adivinadora.
CARMEN: A este paso me convence de que cambie de oficio.
PEDRO: ¿Lo lamentaría?
CARMEN: Si me garantizaran que iba a ganar más, por supuesto que no.
PEDRO: No creo que haya nadie que le pueda garantizar eso.
CARMEN: Entonces, prefiero quedarme como estoy.
PEDRO: No tiene espíritu de jugadora.
CARMEN: ¿Es eso un defecto?

PEDRO: Arriesga poco.

CARMEN: ¿Que arriesgo poco?

PEDRO: No me refería a eso.

CARMEN: ¿Entonces?

PEDRO: Me refería al riesgo de cambiar de vida.

CARMEN: No creo que en eso de cambiar de vida haya muchos riesgos.

PEDRO: ¿Ah, no?

CARMEN: Todos lo hemos hecho varias veces –Luis, yo, Agustín, Nuria, quizá hasta usted mismo– y no ha pasado nada. Es un gaje del oficio.

PEDRO: ¿Nada más?

CARMEN: Nada más. Lo otro, lo de que te cojan y tengas que ir a la cárcel, eso sí que es un riesgo. Lo demás, es hablar por hablar.

LUIS (*levantándose, amodorrado*): Cosa que, por cierto, lo dos hacéis de maravilla. (*Se despereza*). Creo que voy a echarme una siesta. (*A CARMEN*) ¿Vienes? (*CARMEN niega con la cabeza, lo que provoca una evidente decepción en LUIS*). Como quieras.

LUIS recorre cansinamente los escasos metros que le separan de la puerta de la casa y entra en ella.

CARMEN (*suspirando*): Al fin hemos conseguido echarle.

PEDRO (*desconcertado*): ¿Se trataba de eso? ¿De echarle?

CARMEN: ¿De qué si no, entonces?

PEDRO: Creí que…

CARMEN (*soltando una carcajada*): ¿Que estábamos hablando de adivinadoras?

PEDRO (*sin salir de su asombro*): No, pero…

CARMEN (*pasando al tuteo*): A veces no sé si es que eres muy inocente o muy retorcido.

PEDRO: ¿Es la opinión que tiene… que tienes sobre mí?

CARMEN: Todavía no tengo ninguna opinión sobre ti.

PEDRO (*agitándose inquieto en su asiento*): ¿Y por qué querías echarle?

CARMEN: ¿Lo ves? Ahora mismo no sé si te estás comportando como un cándido o como ese astuto que antes dijiste que eras.

PEDRO: ¿Por qué querías echarle?

CARMEN: Para estar a solas contigo.

PEDRO: Conque era para eso…

CARMEN: Sí, hijo, sí. Era para eso. (*Hace una breve pausa*). ¿Por qué has estado huyendo de mí todos estos días?

PEDRO (*tratando de escabullirse*): No sabía que estuviera huyendo. Si lo llego a saber…

CARMEN (*interrumpiéndole*): Di, ¿por qué huías? ¿Por qué no querías estar a solas conmigo?

PEDRO (*mirándola directamente a los ojos*): Porque no sé lo que te propones.

CARMEN: Antes hablabas de riesgos. ¿Es que no quieres asumir ninguno?

PEDRO: Si te soy sincero, no lo sé.

CARMEN: Me parece que estás empezando a decepcionarme.

PEDRO: ¿Te he ilusionado alguna vez para que ahora te decepcione?

CARMEN: Me gustas desde que te vi. (*Da tiempo a que PEDRO digiera estas palabras*). ¿Te extraña?

PEDRO: No.

CARMEN (*sonriendo sin ganas*): ¿Esa respuesta de dónde sale? ¿De tu lado presuntuoso?

PEDRO: ¿Qué te propones?

CARMEN: Te veo tan acobardado que ni yo misma lo sé. Ahora me doy cuenta de que quizá lo mejor hubiese sido dejarte marchar y no traerte aquí.

PEDRO: ¿Por eso me retuviste? ¿Porque te gustaba?

CARMEN: Por qué si no. (*Irónica*). ¿O es que piensas que aquella primera noche en el pueblo te lo conté todo porque te vi cara de cura y quise confesarme contigo? Si te hablé de lo que hacíamos fue porque estaba segura de que en cuanto Luis se enterara de que lo sabías todo, no te iba a dejar ir así como así. Lo que nunca imaginé es que no emplearía la fuerza, sino que te invitaría de tan buen grado.

PEDRO: ¿También eso de la fuerza entraba en tus planes?

CARMEN: ¡Qué importa eso ahora! Lo que cuenta es lo que vamos a hacer. ¿O no te gustan los plurales?

PEDRO: Me dan igual.

CARMEN: Pues por el entusiasmo que pones, no lo parece. (*Pausa*). ¿De veras te quedarás en la casa cuando ellos se vayan?

PEDRO: ¿Cuándo ellos se vayan? ¿Es que tú no piensas acompañarles?

CARMEN: Aún no lo tengo decidido.

PEDRO: ¿Y Luis?

CARMEN: Luis no pinta nada en todo esto. Es una cosa entre tú y yo.

PEDRO: No creo que él piense lo mismo.

CARMEN: Es muy libre de pensar lo que quiera. ¿Otra vez tienes miedo?

PEDRO (*sonriendo desvaídamente*): ¿Otra vez dices? No. Es el mismo miedo de antes.

CARMEN: ¿Temes lo que pueda hacernos?

PEDRO: No le conozco lo suficiente para saber cómo reaccionará, pero mucho me temo que…

CARMEN (*cortándole*): ¿Por qué tienes que pensar tanto en lo que harán o no harán los demás? Eres tú el que tienes que tomar tus propias decisiones.

> *AGUSTÍN se asoma a la ventana de su habitación. Como ya ocurrió en el primer acto, asistirá como mirón a la escena entre PEDRO y CARMEN.*

PEDRO: Para ganar en un juego hay que tener en cuenta al rival.
CARMEN (*harta de discutir*): Pero ¿de qué juego estás hablando? ¡Esto no es una partida de ajedrez!
PEDRO: Ya veo que no.
CARMEN: Entonces, ¿no quieres que me quede contigo cuando ellos se vayan?
PEDRO: No he dicho eso. Sólo que… (*Calla*).
CARMEN: ¿Qué ibas a decir?
PEDRO: Nada.
CARMEN: ¿Por qué tienes que ser tan precavido?
PEDRO (*sonriendo*): Como ves, estoy lleno de defectos. Todavía no me explico cómo pude gustarte desde el primer momento.
CARMEN (*sonriendo también*): Alguna virtud tendrás, ¿no?
PEDRO: Según tú, amaestrar máquinas de jugar al ajedrez. Si es que eso es una virtud…
CARMEN: ¿Y bañarte en el río qué tal se te da?

> *PEDRO entiende que la pregunta de CARMEN encierra una proposición de hacer el amor, y los dos se miran con ojos en los que sobrenada el deseo.*

PEDRO (*siguiéndole el apunte*): Si es solo, fatal.
CARMEN: ¿Te apetecería bañarte ahora conmigo?
PEDRO: Mucho.
CARMEN (*levantándose*): Vamos, entonces.

> *PEDRO se incorpora también y los dos desaparecen de escena camino del río. AGUSTÍN abandona la ventana. No tarda en salir de la casa con una cámara fotográfica en la mano. Corre en la dirección por la que han marchado CARMEN y PEDRO.*

Cae el TELÓN

TERCER ACTO

Es por la tarde. CARMEN está sentada en el velador. Tiene delante de ella un vaso de whisky y una botella de la que continuamente echa mano para llenar el vaso.
AGUSTÍN se asoma a la ventana de su habitación. Mira en derredor para cerciorarse de que CARMEN está sola y desaparece dentro del cuarto. No tarda en salir de la casa. Se acerca al velador.

AGUSTÍN: ¿Me permites? (*Se sienta sin que CARMEN le diga nada*). ¿Cómo tan sola? (*En tono de chanza*). ¿Es que ya nadie te quiere?
CARMEN: Por qué no me dejas en paz.
AGUSTÍN: ¿Es eso lo que deseas? ¿Paz?
CARMEN: Paz y perderte de vista.
AGUSTÍN (*pesaroso*): Nunca te he caído simpático, ¿verdad?
CARMEN: Verdad.
AGUSTÍN: ¿Si te preguntara por qué me lo dirías?
CARMEN: ¿Qué ganarías? No me has caído simpático. Eso es todo.
AGUSTÍN: Tú a mí, sin embargo, siempre me has…
CARMEN (*cortándole tras un suspiro*): Ya lo sé. Siempre te he caído muy "simpática".
AGUSTÍN (*tomándole una mano entre las suyas*): Carmen, yo te quiero. Siempre te he querido.
CARMEN (*carcajeándose*): ¿Qué es esto? ¿Una declaración de amor?
AGUSTÍN (*exaltado, sin hacer caso de las palabras y las risas de CARMEN*): Estaría dispuesto a todo, ¡a todo, Carmen!, con tal de que tú también me quisieras.
CARMEN (*soltando su mano*): ¿Cuántas veces me has montado este numerito? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta veces?
AGUSTÍN (*furioso*): Esta vez no te saldrás con la tuya. Te tengo cogida.

CARMEN: ¡No me digas!

AGUSTÍN: Sí. Esta vez harás lo que yo te pida.

CARMEN (*burlona*): ¿Y qué vas a pedirme? ¿Qué te haga un favor o que te quiera hasta el final de tus días?

AGUSTÍN: Ríete de mí, zorra, ríete. Seguramente será la última vez que lo hagas.

CARMEN: ¿No sabes que en el pueblo hay una casa de putas? ¿Por qué no te das una vuelta por allí y te relajas?

AGUSTÍN: No necesito ir a ninguna casa de putas. Estás tú aquí.

CARMEN: Con esos modales no me extraña que tengas tan poco éxito con las mujeres.

AGUSTÍN (*sacando una foto del bolsillo y tendiéndosela a CARMEN*): ¿Y con esto? ¿Tendré éxito con esto? (*CARMEN mira la foto*). ¿Te gusta cómo habéis quedado?... La escena, desde luego, no puede ser más romántica. El río, los árboles en flor, tú y ese fantasma retozando desnudos en la orilla… ¡Qué pena no haber tenido una cámara de vídeo! Podríamos oír hasta el trinar de los pajaritos.

CARMEN: ¿Qué esperas conseguir con esto?

AGUSTÍN: Todo, Carmen, todo.

CARMEN: ¿No te parece demasiado?

AGUSTÍN: No. (*Sonríe*). Te dije que te tenía cogida y ya ves que no miento.

CARMEN (*sin perder ni por un momento la calma ni la seguridad en sí misma*): No creo que haya nadie que dé un duro por una foto de estas.

AGUSTÍN: Esta vez no se trata de dinero. Se trata de ti y de mí.

CARMEN:¿Y qué harás si de nuevo te doy calabazas? ¿Publicarlas en el periódico del que te echaron?

AGUSTÍN: No. Enseñárselas a Luis.

CARMEN: ¿Crees que eso me importa?

AGUSTÍN: A ti a lo mejor no, pero a Luis seguro que le importa muchísimo. Más todavía cuando sepa que piensas abandonarle y quedarte con ese tipo.

CARMEN: Así que no sólo miras, sino que también escuchas…
AGUSTÍN: Los oídos están para eso. Para escuchar.
CARMEN (*apurando el contenido de su vaso*): No hay trato, Agustín. Acostarme con quien quiera es uno de los pocos privilegios que me quedan. No quiero perderlo así como así.
AGUSTÍN: No te saldrás con la tuya. Luis no te dejará quedarte con ese niño prodigio del carajo.
CARMEN: ¿Has terminado con tu "declaración de amor"? Pues si es así, lárgate. Está empezando a darme dolor de cabeza.
AGUSTÍN (*tomando la foto y levantándose*): Ya te daré yo a ti dolor de cabeza.

PEDRO entra en escena procedente del río. Viene de bañarse y lleva una toalla en la mano.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): Le ha cogido gusto a bañarse en el río, ¿eh?
PEDRO (*ajeno a lo que se le avecina*): A esta hora está muy buena el agua. No sé por qué usted no se baña también.
AGUSTÍN: Desgraciadamente, tengo otras cosas que hacer.
CARMEN (*llenando su vaso de nuevo*): La puñeta, por ejemplo.

AGUSTÍN dirige a CARMEN una mirada llena de odio, pero no dice nada.

PEDRO (*a AGUSTÍN*): A usted que tanto se queja del calor, le vendría bien un baño en el río de vez en cuando. (*Ve la foto que AGUSTÍN tiene en la mano y la señala*). Creí que aquí ya habían terminado con eso.
AGUSTÍN: Se equivoca. Todavía queda un trabajito pendiente.
PEDRO: Luis me dijo que…
AGUSTÍN (*interrumpiéndole*): Le dijo mal.
PEDRO: ¿Es que ya no se van mañana?

AGUSTÍN (*voluntariamente críptico*): A lo mejor, no. Quién sabe.
CARMEN (*a PEDRO*): No le hagas caso. Está picado del mal de amores y anda un poco desquiciado.

> *PEDRO mira a AGUSTÍN sin entender de qué le está hablando CARMEN. AGUSTÍN, por su parte, se esfuerza por no hacerle caso a la mujer y una vez más se muerde la lengua.*

AGUSTÍN*(acercándose a PEDRO*): ¿Le gustaría verla? No es por presumir, pero esta vez me ha salido una obra maestra. Tenga, a ver qué le parece. (*PEDRO mira la foto y no da crédito a lo que está contemplando*). ¿Qué? ¿Le gusta?
PEDRO (*turbado*): Pero… Pero ¿qué es lo que ha hecho?
AGUSTÍN (*sonriente*): Retratar la realidad. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Al fin y al cabo es mi oficio, ¿no?
PEDRO (*a CARMEN*): ¿Qué se propone?
CARMEN (*despectiva*): Según él, conseguirlo todo.
PEDRO (*a AGUSTÍN*): Diga, ¿qué se propone?
AGUSTÍN: Usted no tiene por qué preocuparse… Al menos, de momento… A usted no pienso pedirle nada.
PEDRO: ¿A quién va a pedírselo entonces?
CARMEN: A mí. Quiere que me acueste con él. (*A AGUSTÍN*). Es eso lo que quieres, ¿no? ¿O te parece una forma poco romántica de decirlo?
PEDRO (*a AGUSTÍN*): ¿Es eso lo que desea?
AGUSTÍN: Sí, quiero tenerla, aunque sólo sea una vez.
PEDRO (*escandalizado*): Pero ¿cómo puede pensar que ella…?
AGUSTÍN (*atajándole*): No me vega con monsergas. Si se ha acostado con usted, por qué no habría de hacerlo conmigo.
PEDRO: Es usted un… un… (*No encuentra la palabra adecuada*).
AGUSTÍN: ¿Un qué? ¡Diga! ¿Un qué? Yo juego mis cartas igual que usted juega las suyas. ¿O es que cree que su método es el bueno?

PEDRO: Ella es muy libre de acostarse con quien quiera.
AGUSTÍN: Nadie le discute ese derecho. Ya sé que las putas se acuestan con cualquiera.
PEDRO: No le consiento que…
AGUSTÍN (*adelantándose*): ¿Que la llame por su nombre? Mire, mire como ella no se inmuta. Incluso le gusta a la muy perra. Si viera cómo disfruta con los tíos a los que trabajamos no me vendría con historias.
PEDRO: Está loco.
AGUSTÍN: ¡Qué sabrá usted de la locura!
PEDRO (*a CARMEN*): ¿Qué vas a hacer?
CARMEN: ¿Quién? ¿Yo? Nada.
PEDRO: Pero…
CARMEN: Déjale que ladre. Está quemando sus últimos cartuchos y lo sabe. Por eso se muestra tan gallito. Pero no te preocupes. Se desinflará como se ha desinflado siempre. Se irá con el rabo entre las patas como ya ha hecho otras veces y tendrá que conformarse con hacerse una paja mirando la colección de fotos que guarda debajo de la almohada.
AGUSTÍN (*con rabia*): Esta vez no. Esta vez te me abrirás de piernas como te has abierto con otros.
CARMEN: Me das pena. Siempre has sido un fracasado y ya es tarde para que cambies de bando.
AGUSTÍN: Eso ya lo veremos.
CARMEN: Lo veremos. (*Pausa*). Mientras tanto, por qué no te vas y nos dejas tranquilos. Tenemos cosas de que hablar.
AGUSTÍN: No hay nada que hablar. No os quedaréis juntos. Por éstas.

Cruza los dedos y los besa ratificando el juramento.

CARMEN: Sé bueno. Lárgate. (*Señala la ventana de AGUSTÍN*). Haznos todas las fotos que quieras desde allá arriba, pero lárgate.

AGUSTÍN (*a PEDRO*): ¿Y ésta es la joya que quiere llevarse? ¿Por ella se va a arriesgar a que le partan la cara o que le hagan algo todavía peor? No sabe lo que hace, amigo.
PEDRO: Lo que haga o no es cosa mía.
AGUSTÍN: ¿Le ha contado su vida? ¿Le ha hablado de lo que hizo cuando tuvo que dejar su empleo de modelo porque le gustaba mucho empinar el codo? Diga, ¿le ha hablado de lo que hizo?
PEDRO: No.
AGUSTÍN: ¡Qué hombre tan poco curioso! (*A CARMEN, que ha continuado bebiendo como si nada*). Anda, díselo tú.
CARMEN: ¿Qué tengo que decirle? ¿Que hice algunas películas?
AGUSTÍN: ¡Algunas películas! Lo dices como si hubieses hecho "Lo que el viento se llevó".
CARMEN (*sin alterarse*): ¿Qué tengo que decir entonces? ¿Que eran pornográficas como aquellas fotos tuyas por las que te echaron del periódico? No te has enterado, Agustín, pero estos son otros tiempos y nosotros, otras gentes.
AGUSTÍN (*a PEDRO*): ¿Usted no dice nada? (*PEDRO, en efecto, no abre la boca*): Así que no le importa, ¿eh?
CARMEN: Le deben gustar las putas, como a ti.
AGUSTÍN (*sobreactuando*): Aún no he dicho mi última palabra.
CARMEN: Si fuera "adiós", a lo mejor te lo agradecía con un beso.
AGUSTÍN: Cuando vuelva Luis ya hablaremos.

AGUSTÍN marcha hacia la puerta de la casa.

CARMEN (*gritando*): Si quieres hacerme más fotos, aprovecha el poco tiempo que te queda.

AGUSTÍN entra en la casa. Pedro, que conserva la foto en su mano, le echa otro vistazo y se deja caer en una de las sillas del velador.

PEDRO (*preocupado*): ¿Qué haremos ahora?

CARMEN: Nada. Lo que habíamos pensado. Ellos se irán mañana y nosotros nos quedaremos en la casa unos días. Luego ya veremos.

PEDRO: Pero ¿es que esto no cambia las cosas?

CARMEN (*cogiendo la foto*): ¿Esta foto, dices?

PEDRO (*desconcertado por la tranquilidad aparente de CARMEN*): Sí, esta foto. Todo lo que está pasando.

CARMEN (*ofreciéndole el vaso*): ¿Quieres un poco? (*PEDRO niega vehementemente con la cabeza. CARMEN bebe un trago*). Para mí esto no cambia nada.

PEDRO: ¿Por qué no nos vamos?

CARMEN: ¿Cuándo? ¿Ahora?

PEDRO: Sí, ahora. Antes de que vuelva Luis.

CARMEN (*pasándole la mano por la cara como a un niño*): ¿Cuándo perderás el miedo?

PEDRO: Vámonos, Carmen. ¿A qué enredar todavía más las cosas?

CARMEN: No puedo irme. Tengo que esperarle.

PEDRO: ¿Cómo que tienes que esperarle?

CARMEN: Traerá el dinero del último trabajo. ¿Es que lo has olvidado?

PEDRO: ¿Y quién piensa ahora en el dinero?

CARMEN: Yo. Quiero mi parte. He realizado mi papel y quiero mi parte.

PEDRO: Pero…

CARMEN (*con la agresividad de la borrachera*): ¿O es que tú también piensas como Agustín que si me he acostado con esos hombres es porque me gustaba?

PEDRO: No, pero…

CARMEN (*sin dejarle hablar*): No. Lo hacía por dinero. El dinero que ahora quiero cobrar. A ti quizá te sobre. A mí, no.

PEDRO: No, no me sobra.

CARMEN: Razón de más. ¿O es que tienes escrúpulos de tocar ese dinero?

PEDRO (*sin convicción, para no ofenderla*): No he dicho eso.

CARMEN: Además, nunca me ha gustado salir de ningún sitio por la puerta de atrás. Y eso incluye a los hombres.
PEDRO: Lo dices como si tuvieras cierta práctica.
CARMEN (*corrigiéndole*): Lo digo porque tengo mucha práctica.

NURIA sale de la casa.

NURIA: ¿Todavía no ha vuelto Luis?
CARMEN: No.
NURIA: ¿Le habrá pasado algo?
CARMEN: No empieces con tus aprensiones. (*Consulta su reloj*). Tenía que verle a las seis y son sólo las ocho menos cuarto.
NURIA (*a PEDRO, sonriendo torpemente*): Siempre que vamos a cobrar y terminar un trabajo, me pongo un poco nerviosa. No lo puedo remediar. Si no me distraigo con algo, empiezo a pensar y a pensar y…
CARMEN: Pues no lo pienses tanto.
NURIA (*concluyendo la frase anterior*):…la cabeza se me llena de tonterías.
CARMEN: Todavía es pronto. Desde allí hay casi cien kilómetros.
NURIA (*sin dejar de sonreír*): Ciento tres. Lo miré en un mapa el primer día que llegamos aquí. (*Pausa*). He estado haciendo la maleta y recogiendo las cosas, pero ya he terminado y no sé qué hacer.
CARMEN: Ponte a hacer solitarios. O mejor, que Pedro te deje la máquina.
NURIA: La máquina ni me la mientes. Yo creo que nada más verme ya se apunta el tanto. ¡Lo que se debe reír a mi costa! (*A CARMEN*). ¿Has hecho ya la maleta?
CARMEN: No.
NURIA: ¿Y a qué esperas? ¿No vamos a salir mañana temprano?
CARMEN: Ya no voy con vosotros.
NURIA: ¿Cómo que…?

CARMEN: Lo que has oído. No voy con vosotros.
NURIA: Pero… (*A PEDRO*). Nunca sé cuando bromea o cuando habla en serio.
CARMEN: No es una broma, Nuria. No voy con vosotros. Me quedo aquí.
NURIA (*atónita*): ¿Aquí?
CARMEN: Sí, aquí.
NURIA (*A PEDRO*): Pero ¿no era usted el que se iba a quedar?
PEDRO: Y me quedo.

NURIA permanece pensativa unos instantes.

CARMEN: Sí, eso es lo que quiero decir.
NURIA (*a PEDRO*): ¿De veras no está bromeando?
PEDRO: No.
NURIA: Pero… Pero entonces es que os vais a quedar los dos juntos.
CARMEN: Exacto.

NURIA mira a PEDRO esperando una confirmación.

PEDRO (*diciéndole la verdad, no sin esfuerzo*): Sí, nos vamos a quedar los dos juntos.
NURIA (*a CARMEN*): ¿Y después te reunirás con nosotros?
CARMEN: No.
NURIA: Entonces, el grupo…
CARMEN: El grupo se acabó para mí.
NURIA: Pero ¿así? ¿De repente?
CARMEN: Así. De repente. Si queréis seguir tendréis que buscaros a otra que me sustituya.
NURIA: ¿Y dónde vamos a buscar a otra?
CARMEN: Eso es cosa vuestra.

NURIA: ¿Lo sabe Luis?

CARMEN: No.

NURIA (*a PEDRO*): ¿Se lo van a decir?

CARMEN (*respondiendo por PEDRO*): Claro, ahora cuando vuelva.

NURIA (*dirigiéndose a la puerta de la casa*): Voy a decírselo a Agustín.

CARMEN: Ya lo sabe.

NURIA (*deteniéndose*): ¿Cómo que lo sabe?

CARMEN (*con una mueca por sonrisa*): Para algunas cosas es un lince.

NURIA: ¡Qué raro! No me lo ha comentado. (*Súbitamente alborozada*). ¿Sabéis que os digo? Que me alegro. (*PEDRO y CARMEN la miran sin comprender*). Sí, sí, me alegro. Ya tenía ganas de que esto se acabara y de que Agustín y yo pudiésemos retirarnos a vivir tranquilos. (*A CARMEN*). ¿Te ha dicho si estaba contento?

CARMEN: ¿Quién? ¿Agustín?

NURIA: Sí. ¿Estaba contento de que el grupo se disolviera?

CARMEN (*mintiendo piadosamente*): No me ha dicho nada.

NURIA (*a PEDRO*): ¿Y a usted?

PEDRO: Tampoco

NURIA: Lleva una viviendo más de treinta años con una persona y todos los días descubre algo nuevo de ella. Hubiera puesto la mano en el fuego de que no le gustaban tanto los secretos.

CARMEN: Pues te hubieras quemado.

NURIA: Ya lo veo, ya… Bueno, voy a ver qué me cuenta. (*Sonríe*). Nosotros también tenemos que hacer nuestros planes.

NURIA reanuda el camino hacia la casa y entra en ella.

PEDRO: ¿Qué crees que pasará entre ellos?

CARMEN: Cualquier cosa. (*Aludiendo a la foto*). Fíjate, ni siquiera la ha visto.

PEDRO: Más vale. Sería lo que nos faltaba, que encima ella supiera lo que Agustín se trae entre manos.

CARMEN (*fatalista*): Tarde o temprano tendrá que enterarse.

PEDRO (*enojado consigo mismo*): Todavía no me explico cómo pudo hacernos las fotos sin que nos diéramos cuenta.

CARMEN: En eso es un maestro. Mal que me pese tengo que reconocerlo. Si le hubieras visto trabajar como le he visto yo, no te extrañarías. Todo lo que tiene de cabrón, lo tiene de sigiloso.

PEDRO: ¿Cómo se le habrá metido en la cabeza que podría sacar algo de esto?

CARMEN: Ya que no me joderá a mí, joderá la marrana, que ya es algo. (*Casi con lástima*). ¡Pobre diablo! Tanto tiempo detrás de mí para que ahora termine haciendo esta idiotez de la que no sacará nada. (*Hay una pausa en la conversación que CARMEN quiere aprovechar para llenar su vaso de nuevo, pero se encuentra con que la botella está vacía*). Si fueras como Dios manda, te levantarías y me traerías otra botella. (*PEDRO se incorpora de mala gana*). Pero no pongas esa cara de resignación. (*PEDRO va a hablar, pero ella se lo impide con un gesto de la mano*). Si quieres hacerlo, hazlo, pero, por favor, no me sueltes un discurso como hacen otros.

PEDRO (*sabiendo que puede ser cruel*): ¿Luis te los suelta?

CARMEN: ¿Es que quieres imitarle o qué?

PEDRO: ¿Te importaría?

CARMEN (*con un ramalazo de lucidez*): Me gustas, pero no sé si vamos a entendernos.

PEDRO (*cobarde*): Aún estamos a tiempo.

CARMEN(*sonriendo sin ninguna alegría*): ¿De qué? ¿De abandonar la partida?

PEDRO: De pensarlo un poco más.

CARMEN: Ya no hay tiempo de pensar nada.

PEDRO: Siempre hay tiempo.
CARMEN: ¿Tú crees?
PEDRO (*echando a andar hacia la puerta de la casa*): Voy a por la botella.
CARMEN: Así me gusta, que seas obediente.

PEDRO se vuelve para decir algo, pero como no sabe si CARMEN ha hablado en serio o en broma, calla. Va a entrar en la casa cuando sale de ella NURIA, todo agitada.

NURIA (*a PEDRO, con lágrimas en los ojos*): ¿Qué está pasando aquí?
PEDRO: ¿Le ocurre algo?
NURIA: Diga, ¿qué está pasando aquí?

Como PEDRO no dice nada, se dirige al velador, donde está CARMEN. PEDRO va tras ella.

CARMEN (*para sí*): Ya estalló la tormenta.
NURIA (*histérica*): ¿Qué le habéis hecho? ¿Por qué está así? Decidme, ¿por qué está así?

Se deja caer en una silla y se abandona al desconsuelo. PEDRO, impotente, mira a CARMEN a ver si a ella se le ocurre algo, pero CARMEN no da síntomas de querer tomar ninguna iniciativa.

PEDRO (*palmándole la espalda*): Tranquilícese, Nuria.
NURIA (*en un susurro*): Me ha llamado de todo. ¡De todo! Y yo que estaba tan contenta…
PEDRO: Cuéntenos, ¿qué ha ocurrido?
CARMEN: ¿No te lo imaginas?

NURIA (*furiosa, apuntando a CARMEN con el dedo*): ¡Calla! ¡Tú eres la culpable de todo!

CARMEN: ¿Yo?

NURIA: ¡Sí, tú!

PEDRO: Sea razonable, Nuria. Ella no…

NURIA (*interrumpiéndole, buscando su compasión*): Me ha dicho cosas espantosas. ¡Espantosas!

PEDRO: Son cosas que se dicen en un momento de arrebato. Usted sabe que no las siente.

NURIA: Sí las siente. Dice que no quiere estar ni un minuto más conmigo. Me ha echado de su lado.

PEDRO (*sin terminar de creer lo que dice*): Espere que se le pase. Verá como se arrepiente de lo que le ha dicho.

CARMEN (*poniéndose en pie*): A este paso me parece que voy a tener que ir yo a por la botella.

PEDRO (*fastidiado*): Sí, anda ve.

Con andares un tanto inseguros, CARMEN va hasta la puerta de la casa y entra en ella.

NURIA (*desesperada*): Pero ¿Por qué?… Dígame, ¿por qué?... Le he dedicado toda mi vida. Abandoné a mi familia por él, me arriesgué al escándalo por él… Le di todo… ¡Todo!... Y ahora me aparta de su lado.

PEDRO (*sin ninguna convicción*): Verá como todo se arregla.

NURIA: No. Esto ya no tiene arreglo.

PEDRO: Si la ha querido durante todos estos años…

NURIA: Él no me ha querido nunca. ¡Nunca!

PEDRO (*finalizando su anterior frase inconclusa*):… la seguirá queriendo ahora. ¿Por qué iba a cambiar de la noche a la mañana?

NURIA: Por otra mujer.

PEDRO: Carmen no ha tenido nada que ver con su marido.

NURIA: ¡No es mi marido!

PEDRO: No ha tenido nada que ver. Se lo aseguro.

NURIA: ¿Va a decir que le conoce mejor que yo?

PEDRO: No, pero…

NURIA: Ha ido tras ella desde el primer día. Él pensaba que yo era tonta y que no me daba cuenta, pero me la daba. ¡Ya lo creo que me la daba! Veía cómo la miraba y me reconcomía por dentro. Pero hacía como que estaba ciega y callaba. Y así un día, y otro, y otro… Creía que con mi silencio conseguiría retenerle, pero me equivocaba. Hoy las cosas han explotado y ya no tienen arreglo… No, no me diga otra vez que lo tienen, porque yo sé muy bien que no… Y lo triste del asunto es que ella no le hará ningún caso y acabará solo. Solo y derrotado, como cuando le conocí.

PEDRO: Si la otra vez le ayudó, quizá también ahora…

NURIA: No, ahora no quiere mi ayuda. Me lo ha dicho bien claro.

PEDRO: ¿Y qué hará sin usted?

NURIA (*encogiéndose de hombros*): Al punto al que hemos llegado, no lo sé ni me importa.

PEDRO: No puede engañarse a sí misma. Sí que le importa.

NURIA: ¿Y qué si me importa? Me ha echado de su lado y eso ya no puede cambiarse.

PEDRO:¿Qué hará entonces?

NURIA: Marcharme.

PEDRO: Pero ¿adónde?

NURIA: ¡Qué más da adónde! Lejos. Cuanto más lejos, mejor.

PEDRO: ¿Y si él se arrepiente?

NURIA: Si de verdad me quiere, me buscará. Por muy lejos que esté, me buscará… Pero a qué engañarse. Hace tiempo que dejé de creer en milagros.

PEDRO: ¿Cuándo se irá?

NURIA: Esta misma noche. En cuanto que venga Luis y me dé mi parte, me marcho. Ya no pinto nada aquí.

PEDRO: ¿No se estará precipitando?

NURIA: De todas formas pensábamos irnos mañana. Así que qué más da que lo haga unas horas antes. (*Pausa*). ¿Recuerda el día que llegó? (*PEDRO asiente. NURIA señala el saco de boxeo y sonríe sin pizca de alegría*). Me sorprendió golpeando ese saco de boxeo. Fui tan ingenua que por un momento pensé que era una mujer fuerte. Ahora me doy cuenta que no lo soy. Que nunca lo he sido. Los demás siempre han hecho de mí lo que han querido.

PEDRO: Luchó por lo que quería. ¿Es que ya lo ha olvidado?

NURIA: No, no lo he olvidado. Luché y perdí. (*Sonríe con autodestructivo sarcasmo*). En esta "guerra de los treinta años" hemos perdido todos.

PEDRO (*inquieto, refiriéndose a CARMEN*): ¿No cree que tarda?

NURIA: No se preocupe por ella. Qué más da que beba sola o que lo haga aquí con nosotros. (*Pausa*). No sé por qué la he acusado antes. Después de todo, qué culpa tiene ella.

Mira a PEDRO esperando una confirmación de sus palabras.

PEDRO (*por compromiso*): No sé. Supongo que ninguna.

NURIA (*recorriendo el escenario con los ojos*): Cuando dentro de unos años recuerde esto, me pregunto si lo haré con nostalgia o si habrá desaparecido de mi memoria como si nunca hubiese estado aquí. Como si nunca hubiese estado aquí y nunca hubiera salido de casa de mi madre. (*Ríe aparentemente sin motivo*). ¿Me imagina siendo dueña de una Administración de Lotería?

PEDRO: No sé cómo son las dueñas de esos sitios. Nunca he jugado a la lotería.

NURIA: Si aquel día no me hubiese escapado con Agustín eso es lo que sería ahora. Dueña de una Administración de Lotería.

PEDRO: ¿Le hubiese gustado?

NURIA: Hasta ahora no me lo había planteado. Créame, ni una sola vez en todos estos años he pensado en lo que podía haber sido de mí si hubiese continuado junto a mi madre. Cuando me marché fue como hacer borrón y cuenta nueva.

PEDRO (*con tono admirativo*): Es una mujer más fuerte de lo que usted misma quiere reconocer. No todas hubieran hecho lo que usted hizo.

NURIA: Sí, quizá las haya todavía más cobardes. Pero quien sabe si lo mío no fue sólo inconsciencia.

PEDRO: Ahora mismo me está demostrando lo fuerte que es.

NURIA: ¿Se burla?

PEDRO: No.

NURIA (*tocándose en broma los músculos de sus brazos*): Yo no veo la fuerza por ningún lado. Unos brazos fofos, eso es lo que tengo.

PEDRO: Continúa demostrándomelo. Hace un momento parecía desesperada.

NURIA (*corrigiéndole*): No lo parecía, lo estaba.

PEDRO: Hace un momento estaba desesperada y ahora se ha sobrepuesto y hasta tiene ganas de bromear.

NURIA: La procesión va por dentro.

PEDRO: Ya quisieran muchos tener su entereza.

NURIA: No soy fuerte, soy fatalista, que no es lo mismo. Por mucho que cueste reconocerlo, las cosas que tienen un final no pueden empezar de nuevo. Un día terminó mi vida de lotera, y hoy ha terminado mi vida de chantajista. Eso es todo.

PEDRO: ¿Y mañana?

NURIA: Mañana, el azar dirá. Aunque quién sabe si no pondré una tienda, y al cabo del tiempo, cuando ya esté instalada en algún sitio, se presentará otro Agustín y… Y lo dejaré todo como lo dejé enton-

ces. (*Hace una pausa*). Hace unos años me dio por leer novelas policiacas.¿Le gustan las novelas policiacas?

PEDRO: No mucho.

NURIA: Yo dejé de leerlas cuando empezaron a aburrirme. Pero a lo que iba. Una vez leí en una de esas novelas una historia que me impresionó y que tiene mucho que ver con lo que le estaba diciendo. Trataba de un hombre casado, con hijos, que tenía un buen trabajo y una buena casa, y al que todos, incluido él mismo, consideraban feliz. Pues bien, ese hombre salió un día de su trabajo para comer y, para sorpresa de todos, no volvió. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra. Su mujer fue a la policía a denunciar la desaparición, pero por mucho que lo buscaron, no hubo manera de dar con él. Al cabo del tiempo, un amigo de la familia dijo a la mujer que había visto a un hombre que se parecía a su marido en una ciudad en la otra punta del país. La mujer sintió la natural curiosidad y fue a una agencia de detectives para que tratasen de localizar a ese hombre. Un detective viajó a la ciudad donde le habían visto y no tardó en dar con él. Tenía una buena casa, un buen trabajo, y una mujer y unos hijos que le hacían feliz. El hombre no trató de mentir o de escabullirse, sino que en seguida admitió que era él a quien buscaban. El detective se puso en contacto con la mujer y ésta, al enterarse de que tenía formada otra familia, no quiso saber nada de él. No quería un escándalo y se limitó a conseguir el divorcio de la manera más discreta posible. El hombre trató de hablar con ella y de hacerle comprender las razones de su acción, pero ella no quiso oírle. Al detective, sin embargo, le pareció sorprendente todo lo que había hecho y sí le escuchó. Lo que resultaba más chocante de todo era que el hombre no sentía ninguna clase de remordimiento. Cuando se marchó dejó a su familia en posición desahogada y sólo se fue con lo puesto. Lo que más le preocupaba era que se comprendiese su acción y que no le considerasen un loco o un irresponsable. Él tenía sus razones para hacer lo que hizo

y quería que los demás las supieran. ¿Sabe lo que ocurrió? (*PEDRO niega con la cabeza*). Pues que el día aquel, cuando iba andando camino del restaurante, pasó por delante de una casa en obras. Estaban poniendo los andamios y una viga cayó desde una altura de cuatro o cinco pisos y se estrelló en la acera. Le cayó muy cerca, pero no llegó a tocarle. Sólo arrancó un pedazo de cemento de la acera, que saltó y le dio en la mejilla, produciéndole una pequeña cicatriz. Se llevó un susto, pero fue más la sorpresa que el miedo. Recuerdo que el personaje decía algo parecido a que fue como si alguien hubiese levantado la tapa de la vida para mostrarle su mecanismo. Él, que creía que la vida era como le habían enseñado, es decir, una cosa limpia, ordenada y sensata, se había comportado hasta entonces como un buen ciudadano, como un buen marido y como un buen padre. Y ahora, una viga al caer, le demostraba que la vida no era nada de eso. Él, el buen ciudadano, el buen marido y el buen padre, podía ser quitado de en medio entre su oficina y el restaurante por una viga caída de lo alto. (*CARMEN sale de la casa con una botella de whisky ya empezada y un vaso. Le impresiona la seriedad y la pasión con la que NURIA está contando su historia y no se acerca al velador, sino que se sienta en la mesa de madera del porche para no distraerla*). Estuvo pensando en esto durante toda la comida y cuando terminó se dijo que ya que una viga caída accidentalmente podía acabar con él, entregaría su vida al azar. Se iría a otro lado y cambiará de vida. Y eso hizo. Cogió su coche y, sin pensárselo más, se fue de la ciudad. Lo malo es que no cambió de vida como se proponía. Al cabo de cierto tiempo de andar deambulando de un sitio para otro, se estableció en una ciudad, se casó, tuvo hijos… Cuando el detective le encontró llevaba el mismo tipo de vida que cuando le cayó la viga. (*Ríe*). Es lo que puede pasarme a mí si pongo una tienda, ¿no le parece? Un día aparecerá un hombre y se repetirá la historia.

PEDRO (*sonriendo*): Si tan mal le ha ido la primera vez, no ponga una tienda. Invierta su dinero en otra cosa.

NURIA: Sí, eso tendré que hacer. (*Se percata de la presencia de CARMEN*). Me preocupa lo que pueda estar haciendo Agustín. ¿Le has visto?

CARMEN: No.

NURIA (*para sí*): ¿Qué estará haciendo? (*Suspira*). ¡Qué suerte descubrir el mecanismo de la vida! Desgraciadamente, eso sólo pasa en las novelas.

PEDRO: Sí, desgraciadamente.

NURIA (*señalando la foto*): ¿Y eso?

PEDRO: Una foto "artística".

NURIA: ¿Una foto "artística"?

PEDRO: Sí. Tenga, véala. Después de todo lo que ha pasado, no creo que pueda ocurrir ya nada peor.

NURIA (*asombrada al ver la foto*): ¡Pero si son usted y Carmen!

PEDRO: Es usted una buena fisonomista.

NURIA (*tras pensar unos instantes*): No entiendo nada.

PEDRO: Si le soy sincero, yo tampoco.

NURIA: Pero ¿qué significa esta foto?

CARMEN (*interviniendo desde su lugar en el porche*): Nada. ¿No lo ves? Son sólo un hombre y una mujer haciendo el amor.

NURIA (*a PEDRO, reconviniéndole*): Lo han llevado muy en secreto.

PEDRO: A la vista de los resultados, no creo que fuera tan en secreto.

NURIA: ¿Quién ha hecho la foto?

PEDRO: ¿Usted que cree?

NURIA: ¿Agustín?

PEDRO: ¿Quién si no?

NURIA: Ahora sí que ya no entiendo nada.

PEDRO: Quiere chantajear a Carmen.

NURIA: ¡Pero eso es absurdo!

CARMEN: Y tanto.

NURIA (*a CARMEN*): ¿Te ha pedido dinero?

CARMEN: No. Me ha pedido que me acueste con él.

NURIA (*compasiva*): ¡Pobre Agustín! Mira que llegar a esto. (*A CARMEN*) ¿Y lo vas a hacer?

CARMEN: Me conoces lo bastante bien como para saber que no.

NURIA: ¿Y entonces, qué hará? Tú no tienes familia a la que enseñarle la foto.

PEDRO: Está Luis.

NURIA (*escandalizada*): ¿Eso es lo que va a hacer? ¿Enseñársela a Luis?

PEDRO: Sí.

NURIA: ¿Y qué sacará con eso?

CARMEN: Nada.

NURIA: ¿A tal grado de desesperación ha llegado?

CARMEN: Eso, tú sabrás.

NURIA (*levantándose*): Voy a hablar con él antes de que haga más tonterías.

CARMEN: Por mí no te preocupes. En cuanto que llegue Luis, yo misma le enseñaré la foto.

Hay una pausa.

NURIA: No lo puedo creer. De la noche a la mañana, cada uno por su lado. ¡Quién lo diría hace sólo unas semanas!

CARMEN: Eso. Quién lo diría.

NURIA (*a PEDRO, sin poder evitar cierta acritud*): Así que usted es el ganador.

PEDRO: ¿El ganador? ¿El ganador de qué?

NURIA: Todos hemos perdido algo, pero usted… (*Calla*).

PEDRO: Pero yo qué.

NURIA: Pero usted, por lo menos, se lleva a Carmen.

PEDRO: Yo no me llevo nada. Ella quiere quedarse conmigo, que es distinto.

NURIA: Eso no cambia los resultados. Sigue habiendo ganadores y perdedores.

PEDRO: Yo no inventé el juego.

NURIA: Si eso le sirve de consuelo… Me voy dentro. Con un poco de suerte, quizá todavía pueda arreglar algo. (*A PEDRO*). Sí, tiene razón. Soy una mujer fuerte.

> *En contradicción con sus palabras, NURIA camina con aire de derrota hasta la casa. En el fondo no cree que esta última tentativa con AGUSTÍN dé ningún resultado positivo. Entra en la casa. CARMEN sigue bebiendo y PEDRO la mira en silencio durante unos segundos. Este se ve roto por el ruido de un coche que se acerca. Los dos personajes tratan de aparentar calma, pero se nota la tensión que hay dentro de ellos. Se oye cómo el coche frena y cómo se para el motor. Una puerta del coche se abre y luego se cierra.*

PEDRO (*cogiendo la foto de encima del velador*): ¿Para qué enseñársela?

CARMEN: Si no lo hago yo, lo hará él.

PEDRO: Quizá Nuria le convenza de que…

CARMEN (*interrumpiéndole*): Cuando antes acabemos con esto, mejor.

> *PEDRO y CARMEN miran en la dirección por la que tiene que aparecer LUIS. Este lo hace al fin. Viene muy contento. En su mano lleva un maletín.*

LUIS: Bueno, esto ya está. (*Ve a CARMEN bebiendo y su rostro se ensombrece. Hace un esfuerzo por recuperar su buena cara y lo consigue*).

Me hizo esperar un poco porque no pudo reunir el dinero hasta el último momento, pero al final todo ha salido perfecto. (*CARMEN no dice nada ni da ninguna muestra de júbilo*). ¿No te alegras?
CARMEN: Mucho.
LUIS: ¿Y los otros?
CARMEN: Dentro. (*Se incorpora de su asiento*). Quiero hablar contigo un momento.

> *LUIS se va poniendo en alerta ante la seriedad con la que ha hablado CARMEN. Ve venir algún problema y ello le inquieta.*

LUIS: Vamos dentro, entonces.
CARMEN: Mejor lo hablamos aquí.
LUIS (*dejando el maletín sobre una silla del velador*): Como quieras.

> *CARMEN llega al velador y coge la foto, que PEDRO mantenía en sus manos, como si quisiera ocultarla de la vista de LUIS.*

CARMEN (*dándole la foto a LUIS*): Échale un vistazo a esto.

> *LUIS mira la foto y luego, para sorpresa de PEDRO y CARMEN, ríe.*

LUIS: Este Agustín siempre tan bromista. Nunca cambiará… ¿Qué era eso de lo que querías hablarme?
CARMEN: De esa foto.
LUIS (*temiéndose lo peor*): ¿De esta foto? ¿Y qué tenemos que hablar de esta foto?
CARMEN: No es ninguna broma de Agustín.
LUIS: ¿Cómo dices?

CARMEN (*golpeando la mesa del velador, exasperada*): ¡Que no es ninguna broma de Agustín!
LUIS: No entiendo qué es lo que…
CARMEN: No eres el único que no entiende nada de lo que está pasando.
LUIS: A ver si me aclaro. Me has enseñado una foto en la que los dos estáis haciendo el amor, y ahora me dices que no es ninguna broma.
CARMEN: Exacto.
LUIS (*no dando crédito a lo que está ocurriendo*): Entonces, eso quiere decir…
CARMEN (*adelantándose*): Entonces, eso quiere decir lo que quiere decir. Que estábamos haciendo el amor y que alguien nos hizo unas fotos. (*Con acre humor*). Como ves, aquí no podemos aplicarnos el cuento ese de "en casa del herrero, cuchillo de palo". Aquí usamos las mismas armas que empleamos con los demás.
LUIS (*dolido*): ¿Y por qué me la has enseñado?
CARMEN: Sabes que no me gustan los rodeos. He preferido hacerlo yo antes de lo hiciera otro. Además, así ganaremos tiempo.
LUIS: No te entiendo. Ganaremos tiempo, para qué.
CARMEN: Para aclarar lo que haya que aclarar.

CARMEN mira hacia la mesa de madera donde están la botella y el vaso, y va hasta allí. Se sirve un trago.

LUIS (*a PEDRO*): ¿Es sólo un… capricho pasajero o hay algo más?
PEDRO: Hay algo más.
LUIS (*sentándose en una de las sillas del velador*): ¿Qué hace uno en estos casos? ¿Llora?... ¿Pelea?... ¿Asesina?... ¿Se la envaina?... Diga, ¿qué hace uno cuando varios años de su vida se esfuman de repente?
PEDRO: No lo sé.
LUIS (*a CARMEN, que se acerca a los dos hombres con el vaso en la mano*): ¿Y tú? ¿Lo sabes?

CARMEN: No te pongas melodramático.
LUIS: ¿Qué pensáis hacer?
CARMEN: Nos quedaremos unos días en la casa. Luego ya veremos.
LUIS (*a PEDRO*): ¡Qué pena! Se rompió el espejo. ¿Incluirá esto en su libro?
PEDRO: Me temo que no habrá ningún libro.
LUIS: Si supiera, yo mismo escribiría uno. Lo malo es que no creo que tenga facultades para ello. Para no tener ni siquiera tengo el tema. Porque ¿de qué trataría ese libro? ¿De mí?... ¿De usted?... ¿De todos nosotros?

Hay una pausa en la que se masca el silencio. Este le resulta a CARMEN tan insoportable que se decide al fin a decir algo.

CARMEN (*a LUIS*): ¿Seguirás en esto?
LUIS: Sin ti ya no sería lo mismo. Habrá que ir pensando en otra cosa.
CARMEN: Hay otras mujeres.
LUIS: Pero no son tú.
CARMEN: Siento que lo nuestro haya terminado de esta manera.
LUIS: No lo sientas. Dicen que la vida es así. (*Ríe*). Si todos aquellos amigos que me consideran un duro me vieran ahora, no sé qué pensarían de mí. Que me he vuelto maricón o algo por el estilo. Nunca me podía imaginar que en un caso como éste me iba a comportar como una persona civilizada. (*A PEDRO, no sin ironía*). Usted que es el escritor debe saberlo. Se dice así, ¿no? "Persona civilizada". (*A CARMEN*) ¿No me ofreces un trago? Antes siempre lo hacías. Al principio de conocernos siempre me decía que no te gustaba beber sola. ¿Te acuerdas? (*CARMEN no contesta nada*). Di, ¿te acuerdas?
CARMEN: Claro que me acuerdo.
LUIS: Bebía contigo y luego me encontraba fatal. No ser un buen bebedor siempre ha sido uno de mis defectos. (*A PEDRO*). ¿Y usted, qué tal bebedor es?

PEDRO (*de mala gana*): Regular.

LUIS: De todas maneras, tendrá mejor suerte que yo. Ahora ya no le importa beber sola. (*A CARMEN*) ¿Me das ese trago o no?

CARMEN: Sí. Voy a por un vaso.

LUIS: No te molestes. En la botella mismo. (*CARMEN va hasta la mesa del porche para coger la botella. A PEDRO, señalando la foto*) La hizo Agustín, ¿no?

PEDRO: Sí.

LUIS: Siempre fue un buen compañero. Es una de las cosas que más sentiré. Tener que separarme de él y de Nuria. Son muy buena gente. (*A CARMEN, que vuelve con la botella*) ¿Cómo la habéis conseguido? ¿Pagando? (*Ríe*).

CARMEN: No. Nos la ha dado gratis.

LUIS (*bromeando*): ¿Gratis? Voy a tener que echarle una bronca. A este paso se va a convertir en el hazmerreír del gremio.

CARMEN: ¿Acaso no lo es ya?

LUIS: A ver, trae. (*CARMEN le da la botella*). ¿Por qué brindamos?

CARMEN: Mejor que no hagamos ningún brindis.

LUIS: Es una despedida, ¿no? La ocasión lo merece.

CARMEN (*encogiéndose de hombros*): Está bien. Como quieras.

LUIS: Me sorprende que ahora, en el último momento, seas tan complaciente.

CARMEN (*harta de las pullas de LUIS*): ¿Brindamos o no?

LUIS: Si durante todos estos años lo hubieses sido, aunque sólo fuera un poco, quizá las cosas hubieran resultado mejor entre nosotros.

CARMEN: Ya es tarde para reproches, ¿no te parece?

LUIS: Sí, ya es tarde… Bueno, ¿por qué brindamos?

CARMEN (*molesta*): No querrás que encima sea yo la que proponga el brindis.

LUIS: ¿Y por qué no? Después de todo, tú eres la experta.

CARMEN: Si vas a empezar a…

LUIS (*atajándola*): Está bien, está bien. No he dicho nada.
CARMEN: Eso. No digas nada. Tengamos la fiesta en paz.
LUIS: "La fiesta en paz". (*A PEDRO*) Suena bien, ¿no? "La fiesta en paz". La pena es que las fiestas de unos no tienen por qué ser las fiestas de todos.
CARMEN: ¿Haces ese brindis o no?
LUIS: Ya voy mujer, ya voy. ¿A qué tanta prisa? (*A PEDRO, provocándole*) ¿Qué brindis se le ocurre a usted?
PEDRO: Usted lo dijo antes. Las fiestas de unos no tienen por qué ser las fiestas de todos. Esta no es mi fiesta.
LUIS: ¿Ah, no?
PEDRO: No.
LUIS (*burlón*): Después no diga que no le hemos invitado… A ver, a ver que piense… Creo que ya lo tengo. (*Levanta la botella*). Por todo el tiempo que he creído que eras lo más importante de mi vida.
CARMEN: ¿De veras quieres brindar por eso?
LUIS: Sí.
CARMEN: Allá tú. (*Levanta su vaso*). Brindemos por eso entonces.
LUIS: Por todo el tiempo que he creído que eras lo más importante de mi vida. (*Entrechoca la botella con el vaso de CARMEN. Los dos beben*). Misión cumplida. (*Le tiende la botella a PEDRO*). Tenga. Beba usted también.
PEDRO: No, gracias.
LUIS: Vamos, no sea…

AGUSTÍN se asoma a la ventana de su cuarto.

AGUSTÍN (*interrumpiendo a LUIS*): ¡Cuidado con ellos, Luis! ¡Te están engañando!
LUIS: Baja, Agustín. Bebe tú también con nosotros.
AGUSTÍN (*fuera de sí*): ¡Te están engañando, Luis! ¡Son unos cabrones!

LUIS: Anda, baja.
AGUSTÍN: Ahora verás. ¡Tengo las pruebas!

AGUSTÍN desaparece de la ventana.

LUIS: No parece que os tenga mucha estima. Mira que llamaros cabrones…
CARMEN (*fastidiada*): ¿Qué querrá ése ahora?
LUIS: Ya lo has oído. Enseñarme las pruebas.

AGUSTÍN sale de la casa con pasos apresurados. Lleva en sus manos varias fotos. NURIA, que viene detrás de él, trata de retenerle.

NURIA: Por favor, Agustín. No comprendes que estás haciendo el ridículo.
AGUSTÍN (*encarándose con NURIA*): ¡Cuántas veces tengo que decirte que te apartes de mí! (*Llega casi ahogándose al velador y le da las fotos a LUIS*). Mira, se estaban entendiendo a tus espaldas.
LUIS (*tras repasar someramente las fotos*): Bonita colección, sí señor.

AGUSTÍN sonríe orgulloso ante el elogio y mira a CARMEN como diciéndole: "Ahora verás lo que es bueno".

AGUSTÍN (*excitado*): Las hice en el río.
LUIS: Ya veo.
AGUSTÍN: Les vi irse juntos y pensé que te gustaría saberlo.
LUIS: Hiciste muy bien, Agustín. Se ve que eres un amigo.

AGUSTÍN vuelve a sonreír, como sonreiría un alumno no muy aventajado ante un inesperado elogio de su profesor.

AGUSTÍN: ¡Tenemos que darles un escarmiento!

LUIS: ¿Tú crees?

AGUSTÍN:Claro. Te han engañado… Nos han engañado…

LUIS (*sonriendo*): ¿A ti también?

AGUSTÍN (*sorprendido*): Te veo muy tranquilo. ¿Es que no vas a hacer nada?

LUIS: ¿Tú qué me sugieres?

AGUSTÍN: Ya te lo he dicho. Darles un escarmiento.

LUIS: Pero ¿qué escarmiento?

NURIA (*a AGUSTÍN*): Déjalo ya. ¿Es que no ves que no piensa hacer nada?

AGUSTÍN (*a LUIS*): ¿Es cierto eso?

LUIS (*rompiendo las fotos*): Sí, no voy a hacer nada.

AGUSTÍN (*absolutamente decepcionado*): Pero… Pero tienes que hacer algo. No puedes permitir que ella se salga con la suya.

NURIA (*a AGUSTÍN*): ¿No has oído lo que te ha dicho? ¿Por qué no lo dejas ya?

AGUSTÍN (*histérico*): ¿Eso es lo que queréis? ¿Que lo deje?

LUIS: Este va a ser nuestro último día juntos. ¿Por qué no nos olvidamos de todo y lo celebramos?

AGUSTÍN (*a LUIS, con desprecio*): Nunca lo hubiera esperado de ti.

LUIS: ¿Y qué hubieras querido? ¿Un crimen pasional? Eso ya no se lleva, Agustín. Tú también deberías convertirte en una "persona civilizada".

AGUSTÍN: ¿Sabes lo que te digo? ¡Que eres un mierda! Sólo tienes fachada. Nada más que fachada. A la hora de la verdad te has rajado. (*Se señala la frente*). No me extraña que te hayan puesto unos buenos cuernos.

LUIS: A ti también te hubiera gustado ponérmelos. No me digas que no.

AGUSTÍN (*retador*): Sí. ¿Qué pasa?

LUIS: Nada. ¿Qué va a pasar?
AGUSTÍN: Y pensar que durante todo este tiempo te he admirado y te he tenido en un altar… No eres más que basura. ¡Un cornudo consentidor, eso es lo que eres!
LUIS: ¿Te has desahogado ya?
AGUSTÍN: No. Todavía no he terminado.
LUIS: Pues hazlo de una vez y tómate algo con nosotros.
AGUSTÍN: Yo no bebo con putas ni con cabrones.
LUIS: Vaya por Dios.
NURIA (*cogiendo a AGUSTÍN del brazo*): Venga, Agustín, cálmate.
AGUSTÍN (*apartando a NURIA de un manotazo*): ¡Quita de en medio! (*Echa a andar hacia la puerta de la casa*). Y quédate con ellos. Eres de su misma calaña.
NURIA: Espera, Agustín, espera…
PEDRO (*reteniéndola*): Déjelo.

> *NURIA le hace caso y todos contemplan cómo AGUSTÍN entra en la casa. Luego, LUIS coge el maletín y lo pone sobre el velador. Lo abre.*

LUIS: Con tantos follones, mejor será que repartamos el dinero antes de que se nos olvide. (*Saca varios fajos del maletín, los cuenta y se los entrega a NURIA*). Ten. Lo tuyo. (*Vuelve a hacer lo mismo con otros fajos y se los da a CARMEN*). Y esto, lo tuyo. (*El resto del dinero lo separa en dos grupos*). Esto para mí y esto para Agustín. ¿Correcto? (*NURIA y CARMEN asienten*). Pues se acabó el negocio. Ya sólo resta decirse adiós.

> *Portando una pistola, AGUSTÍN hace acto de presencia en la ventana de su cuarto. Ninguno de los otros personajes está mirando hacia allí y no se dan cuenta, por tanto, de las in-*

tenciones de aquél. AGUSTÍN apunta a CARMEN y dispara dos o tres veces. CARMEN recibe los impactos en el pecho y cae al suelo. Los fajos de billetes que tenía en las manos se desparraman por el escenario.

NURIA: ¡Agustín, ¿qué has hecho'!
AGUSTÍN: Tranquilos, tranquilos… Que no pasa nada…
LUIS: Suelta esa pistola.
AGUSTÍN: Luego, Luis, luego… Luego la soltaré… (*Con evidente satisfacción*). Esa calientapollas ya no hará más de las suyas. Mirad, mirad cómo agoniza.
LUIS (*agachándose junto a CARMEN*): Carmen… Carmen… ¿Me escuchas?
AGUSTÍN: No, no te escucha. Y aunque te escuchara, no te diría nada. Ya no tiene fuerzas. Está en las últimas.
LUIS: Te juro que de ésta no escapas.
AGUSTÍN: Vete a otro con tus amenazas. Ya no engañas a nadie. ¿Me oyes? ¡A nadie!
NURIA (*en un susurro, mirando la absoluta inmovilidad de CARMEN*): Ha muerto.
AGUSTÍN: Una menos. (*Histérico*) Quedaos con Dios. Y ojalá os pudráis conmigo en el infierno.

AGUSTÍN desaparece en el interior de la habitación y se oye un disparo.

NURIA: ¡Agustín!

NURIA tira sus fajos al suelo y corre como una loca hacia la casa. Entra en ella. LUIS y PEDRO contemplan el cuerpo sin vida de CARMEN. Se hace oscuro y hay una transición.

Cuando el escenario se ilumina de nuevo, está amaneciendo. PEDRO y LUIS se hallan en el velador. Aquél tiene a su lado, en el suelo, el bolso de viaje y la bolsa con la máquina de jugar al ajedrez. Junto a LUIS hay una maleta. Tras toda una noche sin dormir, ambos aparecen abatidos y cansados. Fuman en silencio. NURIA sale de la casa con una maleta y un bolso. Cierra la puerta con llave y va hasta el velador. En su cara se advierte la profunda impresión que le ha causado la muerte de AGUSTÍN. Al verla acercarse, LUIS y PEDRO se levantan de sus sillas.

LUIS: ¿Lista?

NURIA: Quisiera ver su tumba por última vez.

LUIS (*tras consultar su reloj*): Está bien. Pero no tardes.

NURIA deja la maleta y el bolso y sale de escena.

PEDRO (*aludiendo a NURIA*): ¿Cree que lo superará?

LUIS: ¿Lo superará usted?

PEDRO: No lo sé.

LUIS: Para usted será fácil. Sólo tendrá que borrar el recuerdo de unos días. Para nosotros, sin embargo…

PEDRO: ¿Sabe? Me voy con la sensación de que soy en gran parte culpable de lo que ha pasado. Si no hubiera venido, si no…

LUIS (*cortándole*): Carmen dijo una vez que usted era un presuntuoso. Ahora veo que tenía razón. (*Le remeda*). Si no hubiera hecho esto, si no hubiera hecho lo otro… (*Con cierta violencia verbal*) ¿Qué piensa? ¿Que eran piezas de ajedrez que movía a su antojo y que si han perdido la partida es por su culpa? Pues si piensa eso, se equivoca. Ellos no eran piezas de ningún juego, eran sólo seres humanos. Y porque eran

seres humanos hicieron lo que hicieron. Enamorarse, vivir, cometer errores… No les quite ahora que están muertos sus miserias ni sus grandezas. Déjeles descansar en paz y olvídelos cuanto antes.

PEDRO: ¿Eso es lo que hará usted? ¿Olvidarles?

LUIS: Al menos es lo que intentaré. Estoy seguro de que es lo que ella hubiese querido. Nunca le gustó andar a vueltas con el pasado. (*Sonríe tristemente*). No la traicionemos ahora que ya no puede insultarnos.

NURIA regresa a escena. Viene secándose unas lágrimas.

NURIA (*entre sollozos*): Ni una cruz, ni siquiera sus nombres… Nada… Enterrados como perros. Así es como están, enterrados como perros.

LUIS: Sabes que no había otra forma de hacerlo. Anda, coge tus cosas. Tenemos que irnos.

NURIA toma su bolso y su maleta, y PEDRO y LUIS hacen lo propio con sus bártulos. Antes de dejar el escenario, los tres personajes lo miran todo por última vez. Salen de escena y el lugar de los hechos queda vacío. Se oye cómo se abren y luego se cierran las puertas de un coche. Este arranca, y poco a poco, conforme se aleja, va disminuyendo el ruido del motor. Al cabo de unos instantes, el sonido del coche desaparece por completo. Cuando esto sucede, cae definitivamente el

TELÓN.

1986.